UISA H. MARTINEZ

LENGUAJE Y LITERATURA

PARA LA ENSEÑANZA PRIMARIA

GRADO

EDITORIAL TOR

LENGUAJE
Y
LITERATURA

Este libro responde a los Programas aprobados por el H. Consejo Nacional de Educación el 17 de julio de 1939.

BIBLIOTECA DEL ESCOLAR

TOMOS PUBLICADOS

Para la enseñanza del CASTELLANO

1. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 1o. gr. inf.
2. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 1o. gr. sup.
3. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 2o. grado
4. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 3o. grado
5. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 4o. grado
6. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 5o. grado
7. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 6o. grado

34.591

LUISA H. MARTINEZ

2/0.25

LENGUAJE Y LITERATURA
para la enseñanza primaria

4.º GRADO

LIBRERIA LA FACULTAD
BERNABÉ y Cía.
FLORIDA 869
BUENOS AIRES

EDITORIAL TOR
Rio de Janeiro 760
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

125X

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley. — Copyright 1940, by Luisa H. Martínez.

LENGUAJE

VOCABULARIO Y ELOCUCION

PARONIMOS

Los *parónimos* son las palabras parecidas por su pronunciación y escritura, pero diferentes por su significado.

Ejemplos:

abrazar y abrasar
aya, halla y haya
bazar y vasar
bracero y brasero
casa y caza
cegar y segar

callado y cayado
cerrar y serrar
valido y balido
ciento y siento
hoz y os

coser y cocer
corbeta y corveta
errar y herrar
hojear y ojear
pollo y poyo
sabia y savia

poso y pozo
vacía y bacía
cien y sien
vaso y bazo
zueco y sueco

bello y vello
ola y hola
onda y honda
espía y expía

El niño es *callado*. La anciana se apoya en su *cayado*.

Hijo, *cierra* esa puerta. Hijo, *sierra* esa madera. (Puede decirse también: Hijo, *asierra* esa madera. Serrar y aserrar son iguales).

En la reunión había *cien* personas. El anciano tenía una cicatriz en la *sien*.

Compré un *ciento* de naranjas. *Siento* tu desgracia.

El labrador llevaba una *hoz*. *Os* deseo feliz viaje.

Hay un *poso* en el fondo del recipiente. Sacaron agua del *pozo*.

La cómoda está *vacía*. Chico, friega esta *bacía*.

Ese personaje era *valido* del rey. Oigo el *balido* de las ovejas.

Pon allí ese *vaso* de agua. Al enfermo le dolía el *bazo*.

ANTONIMOS

Se llaman *antónimos* las palabras que expresan cualidades o ideas contrarias.

Ejemplos:

El aldeano era *cobarde*. El soldado era *valiente*.

Nació en un país *pacífico*. Nació en un país *belicoso*.

Conocí muchos hombres *virtuosos*. Conocí muchos hombres *viciosos*.

La anciana es *avara*. La anciana es *generosa*.

El anciano es *cicatero*. El anciano es *pródigo*.

Hay antónimos que se forman con los elementos componentes *in* y *des*:

con *in*:

civil e incivil
clemente e inclemente
completo e incompleto
digno e indigno
estable e inestable
exacto e inexacto
experto e inexperto

móvil e inmóvil
sociable e insociable
útil e inútil.

con *des*:

agradable y desagradable
aseado y desaseado
atento y desatento
confiado y desconfiado
cortés y descortés
interesado y desinteresado
favorable y desfavorable
leal y desleal
ordenado y desordenado
ventajoso y desventajoso.

BARBARISMOS

Deben evitarse los barbarismos siguientes:

biógrafo por cinematógrafo
blondo por rizado
carátula por portada
cruento por muy grande, ingente
despacio por de paso, en voz baja
genuflexión por el acto de doblar la rodilla
saber por soler, acostumbrar
tráfico por tránsito
trepidar por dudar, vacilar.

Otros ejemplos:

Me *admira* tu paciencia. Y no "me *almira*".

Quiten ese *armatoste*. Y no *almatroste*.

Advierte. Y no *alvierte*.

Una *baladronada* no es otra cosa que una fanfarronada. No se dice *balandronada*.

Una *mayonesa* o *mahonesa* fué el primer plato del banquete. Y no *bayonesa*.

Toma este *cabestro*. Y no *cabresto*.

Compré unos zapatos de *cabritilla*. Y no *cabretilla*.

Manuel es *cachazudo*. Manuela es *pachorruda*. No se dice *cachaciento* y *pachorriento*.

Un *canapé* es un asiento largo con respaldo. No se dice *camapé*.

Esa planta se llama *clavellina*. No se debe decir *clavelina*.

El *cónyuge* es el marido; la *cónyuge*, la mujer. Equivale a *consorte*. No se escribe ni se dice *cónyugue*.

En el palacio había hermosos *cortinajes*. Y no *cortinados*.

No quiero meterme en ese *enredo*. Y no *enriedo*. (El verbo *enredar* no admite formas como *enriedar*.)

Haz bien esos *paréntesis*. Es error decir *paréntisis*.

COMPOSICION

De dos o más oraciones que poseen el mismo sujeto o igual predicado se puede formar una sola oración, empleando una sola vez lo que es común a cada una y enumerando lo que es distinto, ayudándose con la coma, la *y* o la *e*:

Juan pasea. Pedro pasea. Antonio pasea.	Juan, Pedro y Antonio pasean.
El niño rema. El niño nada. El niño patina.	El niño rema, nada y patina.
La maestra es bondadosa La maestra es instruída. La maestra es trabajador	La maestra es bondadosa, instruída y trabajadora.
Sara canta. Alcira canta. Irene canta.	Sara, Alcira e Irene cantan.
Aurora lava. Berta cose. Ignacia teje.	Aurora lava, Berta cose e Ignacia teje.
La niña es inteligente. La niña es trabajadora. La niña es puntual.	La niña es puntual, trabajadora e inteligente.

Compro madera. Compro plomo. Compro hierro.	Compro madera, plomo y hierro.

El herrero forja. El herrero funde. El herrero hierra.	El herrero forja, funde y hierra.

Coordinación con ni:

Yo no yerro. Tú no yerras.	Ni tú ni yo erramos.

Tú no imploras El mendigo no implora.	Ni tú ni el mendigo imploráis.

El discípulo no es diligente. La discípula no es diligente.	Ni el discípulo ni la discípula son diligentes.

Alberto no está triste. Carlos no está triste.	Ni Alberto ni Carlos están tristes.

Coordinación con pero (*equivale a* mas):

La calma es buena La pachorra es mala.	La calma es buena, pero la pachorra es mala.

La emulación es buena. La envidia es mala.	La emulación es buena, pero la envidia es mala.
La noche está fría. La noche no está desagradable.	La noche está fría, pero no desagradable.

Para subordinar acciones que se cumplen con relación de tiempo entre ellas, se usa el *cuando* y el *mientras*. Ejemplos:

Cuando yo llegaba, tú partías.
Mientras el niño lloraba, la chica reía.
Cuando llegó el médico, dormía el enfermo.
Mientras unos descansan, otros trabajan.
Mientras descansas, machacas granzas (refrán).

El uso del que.

Si en lugar de decir yo: *Luis es haragán*, digo que el autor de la manifestación es Carlos, daré a mi pensamiento esta forma: *Carlos dice que Luis es haragán.* Por ejemplo:

El novelista cuenta que la heroina se salvó.
Afirma el historiador que la ciudad fué incendiada.

Las autoridades aseveran que no hubo disturbios.

El cronista refiere que la fiesta fué espléndida.

Las oraciones siguientes, de los autores indicados entre paréntesis, pueden convertirse en otras del mismo sentido, con el uso del *que*:

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. (*Sarmiento*). — Puede decirse: *Sarmiento dice que el rastreador es un personaje*, etc.

En la misma forma pueden reducirse las siguientes oraciones:

1º No hay prosperidad fuera del trabajo. — (*Avellaneda*).

2º Las cuentas del Gran Capitán de España, Gonzalo de Córdoba, han pasado a proverbio. — (*Mitre*).

3º Rivadavia había estudiado en Inglaterra el sistema de las instituciones liberales. — (*Arturo Capdevila*).

Hasta lo que alguien refiere en poesía puede expresarse en manera parecida: la cuarteta

Dijo la zorra al busto,
después de olerlo:
tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.

(*Samaniego*).

puede escribirse: *Dijo la zorra al busto, después de olerlo, que su cabeza era hermosa, pero sin seso.*

En forma análoga podrá reducirse la siguiente:

A su camarada
el diamante dijo:
—Yo salir espero
pronto de este sitio.

(*Hartzenbusch*).

REDACCION DE CARTAS, BILLETES Y TELEGRAMAS

Ejemplos:

Querido Luis: Mañana te espero en la estación a las seis y media. El tren sale a las siete. No te duermas. Te estrecha la mano cordialmente

Carlos.

* * *

Lidia Pérez

saluda afectuosamente a su querida amiga Susana y la invita a pasar la tarde del domingo en su casa, donde se reunirán a la hora del té algunas compañeras del curso. En el caso de que no pudiera venir, le ruega quiera comunicárselo con dos líneas o por teléfono.

Estas dos cartas breves (tomadas del "Curso de lengua castellana" de R. G. Giusti) son en realidad un billete.

La carta es una casi conversación por escrito con un ausente, al que se cuenta lo que pueda interesarle, en forma sencilla, natural. Si la carta es de negocios, debe ser concisa y exacta en sus términos. Si es de pésame, debe ser sincera y sencilla.

Las cartas se encabezan con el tratamiento de la persona, seguido de dos puntos. Terminan con la firma, para la cual ha de ponerse el nombre y el apellido, cuando se escribe a una persona que no nos conoce o nos conoce poco. La fecha debe expresarse comenzando por el día, p. ej.: 2 *de abril de* 1940. No debe usarse la forma: Abril 2 de 1940.

Es muy importante saber escribir clara y

exactamente el sobre: miles de cartas no llegan a su destinatario y deben ser destruídas todos los años por el Correo, por llevar mala dirección.

El sobre debe escribirse según el modelo siguiente, pegando el sello en el ángulo superior derecho:

SELLO

Señor
Juan Ramírez
Patagones 3658
Buenos Aires

El uso de las cartas es muy antiguo. Conocemos una que tiene más de cuatro mil años. En los primeros tiempos se escribían sobre papiros, más tarde sobre pequeñas tablas enceradas y luego sobre pergamino, hasta que se comenzó a fabricar el papel.

El progreso moderno con sus medios de comunicación y la prensa misma, determinaron que las cartas sean hoy más numerosas aun-

que más breves, porque ya no hay tanta necesidad de narrar en una carta muchos acontecimientos que se conocen por doquiera, gracias al telégrafo y a los diarios:

Modelo de una carta:

Buenos Aires, 25 de marzo de 1940.

Querido hermano:

He llegado a la Capital, después de un viaje feliz, en compañía de tía Márgara, que se preocupó en el tren para que almorzara a gusto y durmiera unas horas.

Hemos hallado en la estación a nuestra prima Anita, que nos esperaba y nos acompañó a casa, donde me encuentro muy bien. La casa está en el barrio de Belgrano y se parece mucho a la nuestra, porque tiene un gran patio y un hermoso jardín.

Ayer tía Márgara me compró todo lo necesario para el colegio. Me gustaría que me vieras con mi lindo guardapolvo y mi cartera de útiles.

Hoy fuí por primera vez al colegio y encontré muchos chicos simpáticos y buenos, y una señorita maestra muy cariñosa. Creo que

aprenderé mucho y me portaré como un hombrecito.

Te ruego que digas a mamita que estoy contento y que no le daré nunca un disgusto. Dale muchos besos y recibe los cariños de tu hermano

Angel.

Redacción de telegramas:

El invento de la electricidad permitió y difundió la comunicación rapidísima a grandes distancias por medio del telégrafo. Un mensaje por telégrafo se llama *telegrama.*

Los telegramas son breves siempre, porque su trasmisión cuesta cara y el precio se calcula por el número de palabras. Se trata de emplear solamente las necesarias para que no haya confusiones.

Ejemplo:

En un billete escribiríamos: "Te ruego que avises a tu hermano que mañana debe concurrir sin falta a la oficina". Son diez y seis palabras.

Para convertirlo en telegrama, escribiríamos:

Ruégote avises tu hermano debe concurrir mañana puntualmente oficina.

Hemos logrado reducirlo a nueve palabras. Se agrega luego la firma y se indica la dirección escueta.

En la redacción de telegramas se emplean a veces palabras compuestas que estarían mal en una carta o en un billete. Por ejemplo: *comunicaréte* por te comunicaré, *advertiréles* por les advertiré, etc.

Redacción de solicitudes:

Cuando nos dirigimos a las autoridades para solicitar algo que la ley nos concede, la carta se llama solicitud o instancia.

La solicitud, generalmente, se redacta poniéndose el firmante en tercera persona, como se ve en el ejemplo siguiente (tomado del "Curso de lengua castellana" de don R. F. Giusti):

Buenos Aires, 20 de febrero de 1937.

Señor Rector del Colegio Nacional
"Mariano Moreno":

El suscrito, argentino, de trece años de edad, domiciliado en la calle Rivadavia 1..., solicita del señor Rector su inscripción en ese

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Colegio como alumno regular de primer año. A tal efecto, acompaña adjuntos el certificado de terminación de los estudios primarios y demás documentos requeridos.

Saluda respetuosamente al señor Rector.

Luis Rodríguez.

* * *

La forma de extender *recibos* y *pagarés* consta en el texto del grado tercero. Es menester tener presente que las cantidades expresadas en los mismos, y que se escriben en letras, se agregan en el ángulo inferior izquierdo, esta vez en números.

Los *vales* son una suerte de recibos provisorios, para comprobar una deuda o un anticipo, y se extienden en esta forma: *Vale por la suma de cien pesos moneda nacional a cuenta de mi sueldo.*

RUDIMENTOS DE PROSODIA

EL ACENTO

Al pronunciar una palabra, se carga la pronunciación en una de sus sílabas, lo que se llama *acentuar* la palabra. Esa mayor intensidad de la voz se llama *acento.*

Hay el acento *prosódico,* que solamente se pronuncia, sin escribirlo, y el *ortográfico,* que además se escribe, colocando una rayita oblícua de derecha a izquierda sobre la vocal de la sílaba que se acentúa.

Según la acentuación, las palabras son:

agudas, llanas y esdrújulas.

Agudas son las que llevan el acento en la última sílaba: *papá, ratón, constitución.*

Llanas o graves son las que llevan el acento en la penúltima sílaba: *árbol, cráter.*

Esdrújulas se llaman las que llevan el acento sobre la antepenúltima o más atrás todavía: *indicándose, désele, alcanzándoselos.*

El acento ortográfico se escribe:

en todas las agudas que terminan en *n, s,* o en vocal: *anís, café, ratón, amó;*

en las llanas o graves que no terminan en *n, s* o vocal: *césped, árbol;*

en todas las esdrújulas: *árboles, ángeles, números, rótulos, espárrago, cátedra, frívolo.*

En las palabras siguientes se notará la diferente significación que tienen las palabras según sean esdrújulas o llanas, es decir, según lleven el acento o no:

ánimo y animo	árbitro y arbitro
cántara y cantara	cálculo y calculo
célebre y celebre	cítara y citara
émulo y emulo	crítico y critico
hábito y habito	cúbico y cubico
júbilo y jubilo	décuplo y decuplo
líquido y liquido.	máscara y mascara
náufrago y naufrago	número y numero
rótulo y rotulo	práctico y practico
título y titulo.	tránsito y transito.

En el siguiente pasaje de la fábula "El gato, el lagarto y el grillo", de Iriarte, se presentan varias palabras esdrújulas:

Ello es que hay animales muy *científicos*
en curarse con varios *específicos*,
y en conservar la construcción *orgánica*,
como *hábiles* que son en la *botánica*;
pues conocen las hierbas *diuréticas*,
catárticas, *narcóticas*, *eméticas*,
febrífugas, *estípticas*, *prolíficas*,
cefálicas también y *sudoríficas*.

DIPTONGOS

Las vocales son cinco: *a, e, i, o, u*. Las vocales *a, e, o* son fuertes, la *i* y la *u* débiles.

Dos vocales en una sílaba forman un *diptongo*: *ai*, baile — *au*, jaula — *oi*, oigo — *ia*, gloria — *ua*, cuadro.

Tres vocales en una sola sílaba forman un *triptongo*: *iai*, apreciáis — *iei*, apreciéis — *uai*, amortiguáis — *uei*, amortiguéis.

El acento y los diptongos.

El acento ortográfico tiene la función de indicar que en una sílaba no hay diptongo.

No hay diptongo, por ejemplo, en estas palabras:

hacía	país
amplía	maíz
venía	raíz
sandía	sabía

Hay diptongo en las siguientes palabras:

hacia	amplia
venia	sandia.

Ejemplos:

La casa era *amplia*. El tendero *amplía* su tienda.

Vive en una mansión *regia*. ¿*Regía* esa ordenanza?

La señora es *sabia*. La niña *sabía* la lección.

La criada es *sandia*. Comí una *sandía*.

¿Es *seria* la empleada? La empleada *sería* feliz si estuviese sana.

Lombriz solitaria es el nombre vulgar de la *tenia*. La muchacha *tenía* mucho miedo.

El soldado hizo la *venia*. El soldado *venía* cantando.

Errores de acentuación.

En los siguientes ejemplos hay voces que generalmente se acentúan erróneamente:

Esa leche está *aceda* (y no áceda).

Di *clorofila* y no clorófila.

El carro tirado por cuatro caballos de frente se llama *cuadriga* y no cuádriga.

La *manicura* es paciente. No se dice manícura.

El anciano enfermó de *neumonía* y no neumonia.

El callista o *pedicuro* corta y cura los callos. No se dice pedícuro.

Policromo quiere decir de muchos colores. Polícromo es acentuación viciosa.

La *reseda* en una planta que da flores muy olorosas. No se dice resedá.

Desde Buenos Aires hice un *telegrama.* No debe decirse telégrama.

Digamos fiebre *tifoidea,* y nunca tifóidea.

La *torticolis* le impedía volver la cabeza. Está mal acentuado tortícolis.

Errores de pronunciación.

Los errores más comunes de pronunciación son el *seseo,* el *yeísmo* y la omisión de ciertas

consonantes como la *g*, la *c*, la *d*, o la sustitución de otras como la *j* por *f*, la *l* por *d*, la *g* por *b* o *v*, etc.

El seseo consiste en pronunciar la *c* como *s*.

El yeísmo sustituye la *ye* a la *elle*.

El seseo puede tolerarse, el yeísmo debe evitarse.

Se comete yeísmo diciendo:

cabayo	por caballo
oya	por olla
estreya	por estrella
caye	por calle
siya	por silla
yave	por llave
cayar	por callar
seyar	por sellar
aller	por ayer
alludar	por ayudar
hollo	por hoyo
lelles	por leyes
mallo	por mayo.

Debe cuidarse la correcta pronunciación de *c*, *g* y *p* en los grupos *et*, *gn* y *pt*, y la de *nm*, *mn* y *nn*. Por ejemplo:

adicto
adicta
afectuoso
afectuosa
aspecto

ígneo
ígnea
ignorancia
ignorar
indigno

docto
docta
dúctil
estricto
estricta

aceptar
adepto
adepta
apto
apta

conmemoración
conmigo
conmovedor
conmovedora
conmover

conducto
convicto
convicta
correcto
correcta

indigna
magno
magna
magnánimo
magnánima

estupefacto
estupefacta
pacto
perfecto
perfecta

captar
concepto
conceptuar
exceptuar
precepto.

enmendar
enmienda
inmaculado
inmaculada
inmediación

alumno	himno
alumna	insomnio
columna	gimnasia
columnita	gimnasio
columnata	gimnasta
inmediato	inmigración
inmediata	inmigrante
inmejorable	inmodesto
inmenso	inmodesta
inmensa	inmortal
innoble	innovar
innecesario	innovación
innecesaria	innovador
innegable	innovadora
innavegable	innumerable.

Nunca debe suprimirse entre vocales la *d*, por ejemplo: *comío* por comido, *dormío* por dormido, *cuñao* por cuñado, *callao* por callado, *colorao* por colorado, *llegao* por llegado. Error más grave aún es decir *queríu* por querido, *molíu* por molido, *to* o *too* por todo, *na* por nada, etc.

Nunca debe convertirse en *l* la *d* seguida de *m, q* o *v*. Por ejemplo: *almirar* por admirar, *alquirir* por adquirir, *alvertencia* por advertencia.

Es vulgarísimo y por lo tanto debe evitarse la conversión de la *s* en una aspiración sorda, diciendo *loh amigoh, suhto, ahco*, por los amigos, susto, asco.

Tampoco debe reemplazarse la *j* por *f*, como: *juerte* por fuerte, *juerza* por fuerza, *juente* por fuente, *juera* por fuera, *junción* por función, *dijunto* por difunto, etc.

La *x* no debe pronunciarse nunca como *s* o como *gs*. Por ejemplo:

anexo	biconvexo
anexa	biconvexa
anexar	convexo
anexión	convexa
axila	convexidad
exento	exigüidad
exenta	exigir
exequias	eximio
exiguo	eximia
exigua	eximir
exhalar	exhausta
exhalación	exhibir
exhalador	exhibición
exhaladora	exhibicionismo
exhausto	exhibicionista

examen	examinar
examinador	exangüe
examinadora	exánime
examinando	execrable
examinanda	execración
éxito	exuberante
éxodo	exuberancia
exonerar	nexo
exoneración	próximo
exorbitante	próxima.
exhortar	exhumar
exhortador	exhumador
exhortadora	exhumadora
exhortación	inexhausto
exhorto	inexhausta.

No hay que trocar la *b* o *v* en *g,* como se acostumbra en *güen* por buen, *güeno* por bueno, *güena* por buena y *güelta* por vuelta.

Tampoco deben convertirse en *i* o *u* las vocales *e* u *o* al contacto de una vocal fuerte, y menos aún en esos casos alterar el acento. *No* debe decirse: *aporriar* por aporrear, *pior* por peor, *bacalau,* por bacalao, *aura* por ahora, *vau* por vaho. Más vulgar es decir *maistra* por maestra, *faina* por faena, *trair* por traer, *cair* por caer. Así las for-

mas *caida, leida, maiz, oido, pais, raiz, reido* y *traido* deben pronunciarse: caída, leída, maíz, oído, país, raíz, reído y traído.

Es censurable pronunciar la *e* del diptongo *ei* tan abierta como una *a* y pronunciar *lay* por ley, *paine* por peine, *plaito* por pleito, *ray* por rey, *raina* por reina, *sais* por seis, *trainta* por treinta, *vainte* por veinte, etc.

También es error de pronunciación sustituir por una *g* la *h* de las voces que comienzan por el diptongo *ue*. No debe decirse por lo tanto *güeco* por hueco, *güella* por huella, *güeso* por hueso, *güevo* por huevo, *güelga* por huelga, *güérfano* por huérfano, *güerta* por huerta, *agüecar* por ahuecar, etc.

Ejercicio:

En el siguiente pasaje del *Fausto* de Estanislao del Campo, se reemplazarán por voces correctas las formas: *aura, vide, juerza, dentrado, güelta, pior, cuñao, arrempujón, trasijao, dao*:

—Como a eso de la oración,
aura cuatro o cinco noches,
vide una fila de coches
contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor,
como hacienda amontonada,
pujaba desesperada
por llegar al mostrador.

Allí a juerza de sudar,
y a punta de hombro y de codo,
hice, amigaso, de modo
que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada
y di güelta... ¡Cristo mío!
estaba pior el gentío
que una mar alborotada.

Era a causa de una vieja
que le había dao el mal...
—Y si es chico ese corral
¿a qué encierran tanta oveja?

—Ahí verá: por fin, cuñao,
a juerza de arrempujón,
salí como mancarrón
que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron
lo propio que picadillo,
y el fleco del calzoncillo
hilo a hilo me sacaron.

ORTOGRAFIA

El vocabulario de la geometría nos enseña la forma correcta de escribir palabras como las siguientes:

bisectriz	círculo
circunferencia	curva
curvilíneo	hexágono
hexaedro	isósceles
obtuso	segmento
semicírculo	semirrecta
tangente	triángulo
vértice	volumen.

A su vez, en la historia natural, el vocabulario anatómico nos muestra la ortografía de palabras como las siguientes:

abdomen	alvéolo
amígdalas	bazo

bíceps
cerebro
clavícula
esternón
faringe
occipital
tórax
caja torácica
cerebelo
esófago
incisivo
laringe
omoplato
ventrículo.

FAMILIAS DE PALABRAS

I

caballo
caballito
caballejo
caballuelo
caballón
caballar
caballuno
caballuna
acaballado
acaballada.

II

caballero
caballerete
caballerón
caballeroso
caballerosa
acaballerado
acaballerada
caballeresco
caballerescamente
caballerosamente.

III

nuevo
nueva
novísima
novel

nuevecito
nuevecita
novísimo
novato
novata
novatada.

IV

novedad
novelero
novelera
novelería
innovar
innovador
innovadora
innovación
renovar
renovación.

V

viejo
vieja
viejecito
viejecita
viejezuelo
viejezuela
vejezuelo
vejezuela
viejísimo
viejísima.

VI

vejancón
vejancona
vejete
vejestorio
vejez
vejazo
vejaza
envejecer
vetusto
vetusta.

VII

bravo
brava
bravucón
bravucona

bravata	bravío
bravura	bravía
bravamente	embravecer.

VIII

brazo	abrazar
braza	abrazo
brazado	abrazadera
brazada	embrazar
brazalete	embrazadera.

REGLA:

En las palabras que en singular terminan en *z*, aparece en el plural la *c*:

luz	luces
lápiz	lápices
voz	voces
atroz	atroces
actriz	actrices
avestruz	avestruces
cerviz	cervices
cicatriz	cicatrices
codorniz	codornices
desliz	deslices
lombriz	lombrices
raíz	raíces
testuz	testuces
vez	veces

REGLA:

Las palabras agudas terminadas en *s* forman el plural agregando la sílaba *es*:

anís	anises
arnés	arneses
ciprés	cipreses
feligrés	feligreses
marqués	marqueses
mes	meses
mies	mieses
obús	obuses
res	reses
tos	toses.

Las voces graves terminadas en *s* no varían en el plural: el lunes, los lunes; un ómnibus, dos ómnibus; la crisis, las crisis.

REGLA:

Se escriben con *b* las terminaciones del pretérito imperfecto del indicativo de la primera conjugación (*aba, abas, ábamos, abais, aban*) y también las del verbo *ir*:

andaba	echaban
bajabas	fregaba
calaba	hablabas
chillábamos	iba

dabais
lavabais
llamaban
mandaba
nadabas
odiaba
jugábamos
paseábamos
quemabais
rodaban
saltaba
tocabas.

REGLA:

Se escriben con *v* los adjetivos terminados en *ivo, iva*:

activo
activa
altivo
altiva
aperitivo
aperitiva
confortativo
confortativa
curativo
curativa
caritativo
caritativa
comunicativo
comunicativa.
chupativo
chupativa
madurativo
madurativa
nutritivo
nutritiva.

LA PUNTUACION

El punto final (.)

Como lo indica su nombre, el punto final se emplea al término de las oraciones independientes.

Ejemplos:

"Sigamos caminando. Ya estamos en otro jardín de un antiguo y bello palacio. Fué bello el palacio hace tres siglos. Huyeron de él sus naturales y magníficos moradores. Desde entonces han pasado por él muchas gentes". (*Azorín*).

"Finó la contumacia. Pero el monasterio en que había profesado estaba bajo la advocación de San Pedro. San Pedro quiso salvar al pecador. No pudo su solicitud lograr del

Señor el milagro. Entonces se dirigió a María." (*Azorín*).

"Continuemos en nuestra marcha. Volvamos a cerrar los ojos. Ya estamos en otro diminuto y castizo jardín. Caminamos lentamente por los claustros de una colegiata o de una catedral." (*Azorín*).

La fortuna ayuda a los audaces.
Es propio del hombre engañarse.
El fin corona la obra.
La gota cava la piedra.
La manzana podrida pierde a su compañía.

El punto es de uso obligatorio después de las abreviaturas: *Sr.* (Señor); *Srta.* (Señorita); *Sra.* (Señora); *Ud.* o *U.* (Usted); *Excmo.* (Excelentísimo); etc.

Debe tenerse presente que *Sta.* es abreviatura de Santa y no de Señorita; *Prof.* es abreviatura de Profeta y no de Profesor.

La coma (,)

La coma se usa para separar el vocativo (la persona o la cosa a la que invocamos, hablamos, etc.): *Carlos, ven. Ven, Carlos. Renata, pon la canasta. Pon la canasta, Renata. Pon, Renata, la canasta.*

Se usa también para coordinar en una sola las oraciones independientes:

María cose.
Carmen borda.
Alicia teje.

Al colocar estas tres oraciones seguidas, se sustituye el primer punto por una coma y el segundo por una *y*: *María cose, Carmen borda y Alicia teje.*

Gustavo escribe.
Gustavo dibuja.
Gustavo lee.

Tendremos: *Gustavo escribe, dibuja y lee.*

El chico es	*dócil.* *trabajador.* *afectuoso.*

Tendremos: *El chico es dócil, trabajador y afectuoso.*

La delincuente estaba	*airada.* *pálida.* *inquieta.*

Tendremos: *La delincuente estaba pálida, airada e inquieta.*

La criada compró	*carne.* *sal.* *arroz.* *harina.* *fruta.*

Tendremos: *La criada compró carne, sal, arroz, harina y fruta.*

Los dos puntos (:)

Este signo se emplea en primer término para el encabezamiento de las cartas:

Estimado amigo:
Querido padre:
Estimado señor:
Querido hermano:
Muy señor mío:
De mi mayor consideración:

Se usa también cuando se citan palabras textuales de otra persona:

Dice Avellaneda: "No hay prosperidad fuera del trabajo."

Sarmiento ha dicho hermosamente: "La bandera blanca y celeste — ¡Dios sea loado! — no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra."

Dice Mitre en *Falucho y el sorteo de Matucana*: "¡Cuánta acción heroica ha quedado envuelta en el humo de los combates o yace sepultada en el polvo de los archivos!"

Los puntos suspensivos (...)

Los puntos suspensivos se usan en la composición escrita para indicar que callamos algo de lo que pudiéramos decir, o cuando omitimos parte del principio, del medio o del final de un pasaje.

Ej.:

A buen entendedor ... (Omitimos: pocas palabras).

Más vale pájaro en mano que ... (Omitimos: cien volando).

... que Belgrano nos legó. (Omitimos: La enseña).

Ved ... a la noble igualdad. (Omitimos: en trono).

La diéresis o crema (¨)

La diéresis o crema es un signo formado por dos puntos, que se coloca sobre la *u* de las sílabas *gue* y *gui*, cuando esa u debe ser pronunciada.

Ej.:

Agüero, Argüello, cigüeña, Güemes, lengüeta, agüita, Güiraldes, paragüitas, pingüino, vergüenza, etc.

El guión o raya (-)

El guión se usa en los diálogos para indicar que cambia la persona que habla:

—Hasta mañana, hijo.

—Buenas noches, papá.

Se usa también para dividir las palabras en sílabas y al final de una línea para cortar una palabra: ins-tru-men-to, ca-ba-ña.

En el siguiente pasaje de *Riverita* de Palacio Valdés, hay abundantes ejemplos de la puntuación:

"—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, hijo.

Miguel se acercó para darle un beso. El brigadier le retuvo entre sus rodillas acariciándole los cabellos.

—¿Cómo lo has pasado en casa de tu tío?

—Bien.

—¿Te has divertido mucho?

—Bastante.

—¿Supongo que no habréis hecho ninguna travesura que enojase a la tía Martina?

—No, papá — respondió el chico sin vacilar. Y le contó todo lo que había hecho aquella tarde, omitiendo lo que bien le pareció.

—Bien, así me gusta. Ahora tendrás ya deseo de irte a la cama, ¿verdad?... Vaya, pues a la cama, hijo mío, a la cama ... No quiero retenerte más... A la cama, a la cama...

Sin embargo, seguía reteniéndole entre las rodillas. Al fin Miguel, forzándolas un poco, logró salir de ellas, y se dirigió a la puerta. Cuando ya estaba cerca, volvió a llamarle su padre.

—Oye, Miguel... ¿No te ha hablado tu tío Bernardo?... — preguntóle con voz algo alterada.

Miguel se detuvo y no contestó.

—¿No te ha hablado de cierto asunto?

—Sí — murmuró el chico, también cortado.

—¿Y qué te ha dicho?... Cuenta...

RUDIMENTOS DE GRAMATICA

EL NOMBRE SUSTANTIVO

Las palabras de una oración que indican los nombres de personas, animales o cosas se llaman nombres sustantivos.

Ejemplos:

Pablo, caballo, madre, valor, piedra, carne, pastor, collar, Raúl, lámpara, escopeta, perro, lunar, hijo.

Hay sustantivos *comunes* y *propios*.

Son *comunes* los que pueden darse a todas las personas, animales o cosas de la misma clase o especie.

Ejemplos:

Herrero, panadero, hombre, vaca, caballo, puerta, espejo, bronce, azúcar, cielo, moneda, calle, libertad, sabor, vergüenza.

Son nombres *propios* los que se refieren a personas o cosas determinadas.

Ejemplos:

Pablo, Argentina, América, San Martín, Buenos Aires, Nora, Juan, Londres.

En las siguientes oraciones se indican los nombres sustantivos:

Un *padre* tenía tres *hijas, Lola, Rosa* y *Ada.*

Antonio tiene *perros, gatos* y *palomas.*

Colón fué el *descubridor* de *América.*

La *Argentina* es mi *patria.*

EL ADJETIVO

El adjetivo es la palabra que tiene la función de indicar las cualidades de las personas y de las cosas.

Pan es un sustantivo. Si se le agregan palabras que expresen las cualidades, y decimos: pan blanco, pan crudo, pan duro, *blanco, crudo, duro* son adjetivos.

Ejemplos:

Antonio es *estudioso.*

Julio es *aseado.*

El niño es *distraído.*

El pastor es *cariñoso.*

El verdulero es *mentiroso.*
Antonieta es *estudiosa.*
Julia es *aseada.*
La niña es *distraída.*
La pastora es *cariñosa.*
La verdulera es *mentirosa.*
Enrique es *inteligente.*
El muchacho es *audaz.*
El sirviente es *fuerte.*
El portero es *diligente.*
Enriqueta es *inteligente.*
La muchacha es *audaz.*
La sirvienta es *fuerte.*
La portera es *diligente.*
Antonio es un niño *estudioso.*
Julio es un muchacho *aseado.*
El *fiero* león rugía.
El *negro* cuervo graznaba.

En los ejemplos precedentes, las palabras *estudioso, aseado, distraído, cariñoso, mentiroso, inteligente, audaz, fuerte, diligente, fiero* y *negro* son adjetivos, y como indican cualidades se llaman adjetivos *calificativos.*

Hay además adjetivos *determinativos,* que son los que determinan o limitan la extensión del sustantivo, indicando pertenencia, lugar, cantidad, etc.

Ejemplos:

nuestro hombre
mi casa
este hombre
esta casa
dos hombres
algunas casas

Los adjetivos determinativos pueden ser *demostrativos,* porque indican el lugar de las personas o cosas nombradas. Y son tres:

este, esta, estos, estas, para indicar que el objeto está cerca de la persona que habla.

ese, esa, esos, esas, para indicar que el objeto está cerca de la persona a la que se habla, y

aquel, aquella, aquellos, aquellas, para indicar objetos alejados de ambas personas, la que habla y la de quien se habla.

Por ejemplo:

este peón
ese pastor
aquel hombre
esta iglesia
esa fruta
aquella dama
aquella casa
aquel caballero

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Dame *ese* libro y toma *este* cuaderno.
Vine de *ese* pueblo. Salió de *esta* casa.

Los adjetivos demostrativos pueden ser *posesivos*, cuando indican que pertenecen a una o a otra persona. Ellos son:

mi, mis
tu, tus
su, sus
nuestro, nuestra, nuestros, nuestras,
vuestro, vuestra, vuestros, vuestras,
su, sus.

Mi y *mis* indican lo que pertenece a mí, *tu* y *tus* lo que pertenece a ti, *su* y *sus* lo que pertenece a él o a ella. *Nuestro* y *nuestra* lo que pertenece a nosotros; *vuestro* y *vuestra* lo que pertenece a vosotros y *su* y *sus* lo que pertenece a ellos o a ellas.

Cuando siguen al sustantivo, *mi, tu* y *su* se convierten en *mío, tuyo* y *suyo*.

Ejemplos:

mis estudios	tus lecciones
su casa	vuestro amigo
nuestra madre	sus hijos
hijo mío	amigos suyos
amigos vuestros	corbatas tuyas.

Los adjetivos determinativos pueden ser también *numerales* (cardinales y ordinales), cuando indican un número o un orden fijo.

Ejemplos:

dos pesos, *tres* calles, *tercera* parte, *veinte* casas, *segunda* vida.

Los adjetivos numerales pueden ser *cardinales,* cuando indican solamente la cantidad numérica y sirven para contar.

Ejemplos:

uno, dos, cinco, quince, cien, mil.

Son *ordinales* cuando fijan un orden y sirven para designar un lugar o puesto.

Ejemplos:

primero, segundo, quinto, décimo, vigésimo.

Ernesto es el *segundo* de la clase, Angelita es la *primera.*

Buscar *cinco* pies al gato.

Nunca *segundas* partes fueron buenas.

En todos los ejemplos citados los adjetivos de dos terminaciones (bueno, buena; primero, primera; uno, una) se acomodan a la terminación del sustantivo, es decir a su gé-

nero. Por lo tanto se dice que el adjetivo concuerda con el sustantivo.

El género:

El *género* es la propiedad del sustantivo de indicar si es varón o mujer, si la cosa es masculina o femenina.

Ejemplo:

gato (masculino)	*gata* (femenino)
perro (masculino)	*perra* (femenino)
Juan (masculino)	*Juana* (femenino)

El número.

Número es la facultad del sustantivo de indicar uno o más seres. Los números del sustantivo son, por lo tanto, dos:

singular, cuando designa uno
plural, cuando designa más de uno

Ejemplos:

Singular: mesa, árbol, padre, niño, yerba, tigre, animal, ejército, soldado, amigo.

Plural: mesas, árboles, padres, niños, unas yerbas, dos tigres, diez animales, cuatro ejércitos, veinte soldados, dos amigos.

EL ARTICULO

El *artículo* es una palabra variable que precede al nombre sustantivo para indicar su género y número.

Ejemplos:

El perro, la perra, el pan, los panes, la azotea, un limón, unas naranjas, la luz, el carro, unos amigos.

El artículo *definido* es el que señala sustantivos determinados. Son artículos definidos:

el, los, la, las.

El define el género masculino singular, *los* el masculino plural, *la* el femenino singular, *las* el femenino plural.

Ejemplos:

Dame *el* libro. Compra *la* casa. Vi a *la* mamá. Dobló *la* esquina. Vino *el* lunes. Tomó *el* vino. Cavó *la* fosa.

El artículo *indefinido* es el que señala sustantivos indeterminados. Son indefinidos los artículos:

un, unos, una, unas.

Aquí también aparece el género y el número según la terminación del artículo.

Ejemplos:

Dame *un* libro. Compra *una* casa. Vió a *un* hermano. Llegó a *una* esquina. Fué *un* lunes. Tomó *un* vinillo. Cavaron *una* fosa. Encendió unas luces.

Hay casos especiales en que el artículo *el* denota género femenino; y eso es cuando el sustantivo empieza por *a* o por *ha* acentuada y donde el artículo *la* tendría un sonido desagradable.

Ejemplos:

el alma, el hacha, el águila, el agua, el áncora, el haya, el ave.

EL PRONOMBRE

El *pronombre* es una palabra que se emplea a veces para reemplazar al nombre y no repetirlo. Así el pronombre indica una persona o una cosa sin nombrarla.

Los pronombres *personales* son los que reemplazan a las personas de la oración, que se llaman personas gramaticales.

Ejemplos:

Yo supe que *él te* dió un caramelo. *Ellas* dicen que *os* vieron con *nosotros*.

Los pronombres personales son:

De primera persona	*yo, me, mí* *nosotros, nosotras, nos*
De segunda persona	*tú, te, ti* *vosotros, vosotras, vos, os*
De tercera persona	*él, ella, ello, se, sí le, la, lo* *ellos, ellas, se, si, les, las*

Ejemplos:

Yo camino y *me* acerco a *ti*. De *mí* no *lo* esperes. *Nosotros* vamos a cazar. *Nosotras* cosemos. *Nos*, el Rey de España, ordenamos. *Tú te* quedas. *Nosotros*, Señor, *Os* suplicamos. *Vosotras* volvéis del baile. *El* y *ella* se fueron. *Ello* se admite. Por *sí* solo trajo el caballo. *Le* dieron una paliza. *La* llamaron. *Lo* trajo. *Ellos* vuelven. *Ellas* se quedan. No *se les* parecen. Volvieron en *sí*. *Les* dijo que no. *Las* llevó a la fiesta.

EL VERBO

El *verbo* es la palabra que en la oración indica la acción o la existencia y casi siempre expresa esa acción con referencia al tiempo o a la persona.

Ejemplos:

ser, correr, estar, nadar, beber, ir, estoy, seré, escribe, vió, camina, comía.

El verbo cambia de terminación de acuerdo al tiempo y a la persona, lo que se llama *conjugación.*

Ejemplos:

Yo como, tú estabas, él vino, nosotros callamos, vosotras dudáis, ellos cayeron.

Conjugación en los tiempos simples del indicativo.

VERBO CANTAR

Presente

Yo canto
Tú cantas
El canta
Nosotros cantamos
Vosotros cantáis
Ellos cantan

Pretérito imperfecto

Yo cantaba
Tú cantabas
El cantaba
Nosotros cantábamos
Vosotros cantabais
Ellos cantaban

Pretérito indefinido

Yo canté
Tú cantaste
El cantó
Nosotros cantamos
Vosotros cantasteis
Ellos cantaron

Futuro imperfecto

Yo cantaré
Tú cantarás
El cantará
Nosotros cantaremos
Vosotros cantaréis
Ellos cantarán.

MODO IMPERATIVO

Presente

canta tú
cante él
cantemos nosotros
cantad vosotros
canten ellos

VERBOS AUXILIARES

Se llaman verbos *auxiliares* los que sirven para componer las formas de los tiempos compuestos de los demás verbos.

Ejemplos: Yo *he* venido, tú *habrás* estado, él *será* recompensado.

Los verbos auxiliares son *haber* y *ser*.

Conjugación del verbo auxiliar HABER

MODO INDICATIVO

Presente.		*Pretérito imperfecto.*	
Yo	he	*Yo*	había
Tú	has	*Tú*	habías
El	ha	*El*	había
Nosotros .	hemos	*Nosotros* .	habíamos
Vosotros .	habéis	*Vosotros* .	habíais
Ellos	han	*Ellos*	habían

Pretérito indefinido		*Futuro imperfecto.*	
Yo	hube	*Yo*	habré
Tú	hubiste	*Tú*	habrás
El	hubo	*El*	habrá
Nosotros .	hubimos	*Nosotros* .	habremos
Vosotros .	hubisteis	*Vosotros* .	habréis
Ellos	hubieron	*Ellos*	habrán

MODO SUBJUNTIVO

Presente

Yo	haya
Tú	hayas
El	haya
Nosotros ..	hayamos
Vosotros ..	hayáis
Ellos	hayan

Pretérito Imperfecto.

Yo ..... hubiera *o* hubiese
Tú ..... hubieras *o* hubieses
El ..... hubiera *o* hubiese
Nosotros .. hubiéramos o hubiésemos
Vosotros . hubierais *o* hubieseis
Ellos ..... hubieran *o* hubiesen

Futuro imperfecto.

Yo ..... hubiere
Tú ..... hubieres
El ..... hubiere
Nosotros .. hubiéremos
Vosotros .. hubiereis
Ellos ..... hubieren

MODO POTENCIAL

Simple.

Yo ..... habría
Tú ..... habrías
El ..... habría
Nosotros .. habríamos
Vosotros .. habríais
Ellos ..... habrían

VERBOS TRANSITIVOS E INTRANSITIVOS

Cuando la acción expresada por el verbo pasa de un ser o cosa a otro ser o cosa, el verbo es *transitivo.*

Ejemplos:

Juan *rompe* nueces.
El niño *barre* la vereda.
Elvira *pela* las papas.

En estos tres casos las acciones romper, barrer, pelar van del sujeto a las cosas.

Cuando la acción del sujeto o cosa no sale de sí misma, el verbo es *intransitivo.*

Ejemplos:

El hombre *piensa.*
El caballo *duerme.*

Son verbos intransitivos *nacer, morir, dormir, correr, pensar, meditar,* etcétera.

En los ejemplos de verbos transitivos, las palabras *nueces, la vereda, las papas* completan o expresan mejor, en forma más exacta la acción del verbo. Se llaman, por lo tanto, *complementos* del verbo y son un complemento *directo,* por cuanto la acción del verbo les toca directamente, recae directamente sobre ellas.

Una palabra es complemento *directo* cuando responde a una de estas dos preguntas:

¿A quién?

¿Qué cosa?

Diciendo: *El zapatero hace zapatos,* la palabra *zapatos* es complemento directo del verbo *hace.* En efecto, si preguntamos: ¿Qué hace el zapatero? respondemos: zapatos.

EL ADVERBIO

El *adverbio* tiene la función de aclarar o completar la significación de un verbo en la oración.

Al decir:

Juan corre

expresamos la acción de Juan, pero sin definirla. Podemos clasificarla, expresarla más exactamente diciendo:

Juan corre rápidamente.
Juan corre mal.
Juan corre bien.
Juan corre lentamente.

Las palabras *rápidamente, mal, bien, lentamente* son adverbios.

Los adverbios pueden ser de *lugar,* si determinan el lugar de la acción. Por ejemplo:

allí, allá, aquí, cerca, lejos, encima, debajo, acá, etcétera.

O pueden ser también de *tiempo,* si indican el tiempo de la acción, como por ejemplo:

hoy, ayer, mañana, tarde, temprano, antes, después, luego, etcétera.

O también pueden ser de *modo,* al indicar de qué modo se cumple una acción, por ejemplo:

bien, mal, rápidamente, lentamente, apenas, brevemente, etcétera.

SUJETO Y PREDICADO

Si formamos una oración, es que decimos alguna cosa de algo, expresamos alguna cualidad o alguna acción.

Diciendo, por ejemplo: *La rosa es una flor, La vaca es un mamífero, Mi automóvil es veloz, La muchacha no estudia,* expresamos la

cualidad o la esencia o la acción de las palabras *rosa, vaca, automóvil, muchacha.*

Las personas o las cosas de las que decimos algo en una oración, son el *sujeto.*

Así la *rosa,* la *vaca,* el *automóvil,* la *muchacha* son el sujeto de las respectivas oraciones.

Lo que se dice del sujeto es el *predicado.* Así *una flor* es predicado de *la rosa, un mamífero* es predicado de *la vaca,* etcétera.

El predicado puede ser *verbal* o *nominal.*

Es *verbal* cuando consiste solamente en un verbo. Por ejemplo:

Alberto *pelea.*
Antonio *estudia.*
Luisa *miente.*

Es *nominal* cuando está expresado por un adjetivo. Por ejemplo:

Alberto es *peleador.*
Antonio es *estudioso.*
Luisa es *mentirosa.*

En el primer caso *pelea, estudia, miente* son predicados verbales porque el verbo expresa lo que se quiere decir de los tres.

En el segundo, con *la cópula "es"* y los adjetivos *peleador, estudioso, mentirosa,* que son predicados nominales, decimos algo de los mismos sujetos.

LITERATURA

LA VARA DE FALARIS

Si mi amigo Leoncio perteneciese todavía al número de los vivos, dudo mucho que nadie osara recordarle el incidente que voy a narrar. Nada más fácil que saliese de su empresa con las narices hinchadas, como habían salido por otros motivos Manolín el chocolatero, Pepín el hijo del carnicero, y su hermano Ciriaco.

Pues mi amigo Leoncio, a pesar de su rostro mofletudo y plácido, era, cuando montaba en cólera, un ser furibundo y pernicioso y poseía unos puños que infundían respeto a toda la escuela de don Juan de la Cruz.

¿Quién no recuerda en Avilés a este don Juan de la Cruz tan modesto, tan melifluo, tan pulcro? ¿Quién no recuerda a aquel hombrecillo pálido, de cabellos lacios, de ojos ne-

gros guarnecidos de largas pestañas que apenas se alzaban del suelo con expresión tímida y humilde? Enseñó las primeras letras a tres generaciones y murió a los ochenta años, declinando un pronombre relativo. Sosegado, grave, silencioso, atravesaba el salón de la escuela sin que nos diéramos cuenta de su presencia hasta que lo teníamos encima. La expresión apacible de su rostro no se turbaba jamás: no recuerdo haberle visto enfurecido. Un esbozo de sonrisa se dibujaba casi constantemente en sus labios. No era más que un conato de sonrisa que comenzaba en el ángulo izquierdo de la boca y allí se detenía sin pasar jamás al derecho. Rara vez nos miraba a la cara; nos hablaba ceremoniosamente de usted, y cuando nos reprendía lo hacía siempre en voz baja, con los ojos puestos en el suelo, como si se estuviera confesando de alguna falta. Nos tajaba las plumas, que eran de aves en aquella época; nos echaba tinta en los tinteros, nos corregía las planas con la mayor modestia y compostura, y cuando llegaba el caso, que llegaba con harta frecuencia, con la misma modestia y compostura empuñaba su vara y nos sacudía de lo lindo. Era un hombre tan modesto que cuando nos zurra-

ba la piel parecía que nos estaba haciendo reverencias.

Las varas que empleaba para esta operación delicada eran generalmente de avellano y se las proporcionaban los mismos chicos de la escuela, hijos de labradores que residían en los alrededores de la villa. Eran muy adecuadas para levantarnos la piel y hacernos ver las estrellas. Recuerdo que en cierta ocasión en que me hallaba dulcemente entretenido en frotar un botón de bronce contra el pupitre, hasta ponerlo bien caliente y luego aplicarlo a las manos de los compañeros que tenía cerca, sentí en la espalda y en la nuca la impresión de cien botones de fuego. Me volví y vi a don Juan, que me sacudió cortésmente otros seis lapos y me dijo después con voz dulce como el soplo de la brisa entre las flores:

—Hijo mío, aplíquese al estudio y déjese de fútiles entretenimientos.

Pero estas varas tenían, como todas las cosas de este mundo, una ventaja y una desventaja. Para don Juan tenían el inconveniente de que se concluían pronto y necesitaba renovarlas, lo cual no siempre era fácil porque los chicos aldeanos, con pretextos más o menos fundados, se resistían algunas veces a pro-

porcionarlas En cambio para nosotros poseían la ventaja de que muy pronto se les quebraban las puntas, y entonces ya no ceñían la carne y su golpe era menos doloroso. Así que los chicos más despejados procurábamos cuidadosamente no estrenarlas, porque entonces, y sólo entonces, poseían toda la virtud maléfica. Cuando las veíamos bien despuntadas, nuestra conducta empezaba a relajarse. Mi amigo Leoncio, que era un chico de gran talento y además complaciente y servicial como pocos, quiso obviar el inconveniente que ofrecían las varas de avellano para el maestro. Pensando constantemente en ello como Newton en la gravitación universal, acertó al cabo con la solución. La caída de la manzana sugirió al pensador inglés la idea de la fuerza de atracción. La vista de una ballena del corsé de su mamá iluminó repentinamente el cerebro del mofletudo Leoncio. Exploró un día y otro el desván de su casa, donde se amontonaban mil cachivaches. Al cabo tropezó con una ballena delgada y redonda y del tamaño aproximadamente de las varas que don Juan de la Cruz empleaba.

Leoncio se sintió feliz desde aquel momento. No hay nada que dilate el alma tanto como un descubrimiento imprevisto. Desem-

polvó la famosa ballena, la envolvió esmeradamente en papeles de seda y sujetó estos papeles con una cuerdecita encarnada. Al día siguiente, sin duda para dar mayor solemnidad al acto, procuró retrasarse un poco para llegar a la escuela. Y cuando ya estábamos todos acomodados en nuestros bancos y el maestro allá en el fondo sentado detrás de su mesa, he aquí que aparece nuestro Leoncio con aquel extraño objeto en la mano, atraviesa erguido y sosegado el vasto salón y, acercándose a la mesa del maestro, deposita en ella gravemente su tesoro. Hecho lo cual, con la misma solemnidad se dirigió a su sitio y se sentó.

Una ardiente curiosidad se apoderó de todos nosotros. ¿Qué sería aquello? ¿Un regalo? Hubo alguno que imaginó que sería un caramelo monstruoso, semejante a los que nosotros chupábamos con delectación en cuanto teníamos algún dinero para comprarlo. Don Juan comenzó también a examinarlo con curiosidad antes de desenvolverlo. Al fin se decidió a quitarle los papeles, y poco después quedó al descubierto la preciosa ballena.

Nuestra estupefacción fué enorme; pero nuestra indignación fué aún mucho mayor.

Cincuenta pares de ojos se clavaron furibundos en el mofletudo Leoncio. Si estos ojos fueran dardos venenosos como los de las abejas, el mofletudo Leoncio hubiera perdido allí mismo la vida. Un sordo rumor, temeroso, corrió por toda la escuela. Si se analizase este rumor se vería inmediatamente que estaba compuesto de doscientos "¡miserable!", trescientos "¡cochino!" y lo menos quinientos "¡indecente!"

Leoncio se mantenía sosegado y satisfecho, sin advertir el éxito extraordinario de su regalo. O si lo advertía, aparentaba mostrar que le tenía sin cuidado. Don Juan seguía examinando atentamente el famoso caramelo. Al cabo profirió con voz meliflua:

—Leoncio, hijo mío, tenga usted la bondad de venir un momento.

Leoncio acudió solícito. Don Juan se levantó de la silla con calma, y sujetándole por el cuello le aplicó un cumplido vardascazo. Leoncio dejó escapar un grito de dolor, A este grito respondimos nosotros con un rugido de alegría. Don Juan (¡Dios le bendiga!) secundó el golpe, y con su acostumbrada modestia le estuvo solfeando un buen rato. Mientras duraba la operación parecía hablarse a sí mismo, y le oímos murmurar:

—En efecto: es flexible... Es sólida... Se ciñe admirablemente

¡Vaya si se ceñía! Que lo digan las nalgas del pobre Leoncio, que seguía chillando como un condenado mientras nosotros respondíamos a sus lamentos con bárbaras carcajadas.

Cuando a don Juan de la Cruz le pareció bien probada la flexibilidad y la solidez del nuevo instrumento, soltó al sujeto de la experiencia y le dijo con voz suave y mirando, como siempre, humildemente al suelo:

—Hijo mío, en tiempos muy antiguos existía en la ciudad de Agrigento, en la Italia meridional, un tirano que se llamaba Falaris. Este tirano era tan cruel que se complacía en atormentar de mil maneras a todos aquellos que tenían la desgracia de no complacerle. Sucedió que uno de sus cortesanos, por captarse su benevolencia, le hizo regalo de un toro de bronce hueco donde se podía meter a la persona que se quisiera hacer morir atormentada. Debajo de este toro de bronce se encendía una hoguera, y el desdichado que estaba dentro, al comenzar a asarse, dejaba escapar terribles gritos que, al pasar por el cuello y la boca del toro, semejaban los rugidos de esta fiera... Falaris quedó prendado de tan ingenioso artefacto, y des-

pués de dar las gracias a quien se lo había regalado no se le ocurrió otra cosa mejor que ensayarlo metiendo dentro de él al propio inventor.

Hizo una pausa don Juan, y dando una cariñosa palmadita a Leoncio en las llorosas mejillas, le dijo:

—Así, pues, muchas gracias, hijo mío, por este precioso regalo. Aplíquese el cuento y váyase a su sitio.

A. Palacio Valdés.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN

En el general San Martín el rasgo primordial, la cualidad generatriz de que se derivan y deducen las que constituyen su carácter moral, es el genio de la moderación y del desinterés, ya sea que medite, luche, destruya, edifique, mande, obedezca, abdique o se condene al eterno ostracismo y al eterno silencio.

Concibió grandes planes políticos y militares, no para satisfacción de designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana. Organizó ejércitos, no a la sombra de

la bandera pretoriana ni del pendón personal de los caudillos, sino bajo las leyes austeras de la disciplina, en nombre de la patria, y para servir a la causa de la comunidad.

Peleó, no por el amor estéril de la gloria militar, sino para hacer triunfar una idea de todos los tiempos.

Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que en ellas viviesen y se perpetuasen hombres libres.

Mandó, no por ambición, sino por necesidad y por deber, y mientras consideró que el poder era en sus manos un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto.

Fué conquistador y libertador sin fatigar a los pueblos por él redimidos con su ambición o su orgullo.

Administró con pureza el tesoro común, sin ocuparse de su propio bienestar, cuando podía disponer de la fortuna de todos sin que nadie pudiese pedirle cuentas.

Abdicó el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, sin debilidad, sin cansancio y sin enojo, cuando comprendió que su misión había terminado y que otro podía continuarla con más provecho de la América.

Se condenó deliberadamente al ostracismo

y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje a sus principios y en holocausto a su causa.

Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y esto, pensando en los demás; pasó sus últimos años en la soledad, sin rechazar la calumnia ni desafiar la injusticia, y murió sin quejas cobardes en los labios y sin odios amargos en el corazón.

Bartolomé Mitre.

ORACION A LA BANDERA

Bandera de la Patria, celeste y blanca, símbolo de la unión y la fuerza con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad; guía de la victoria en la guerra y del trabajo y la cultura en la paz; vínculo sagrado e indisoluble entre las generaciones pasadas, presentes y futuras: ¡juremos defenderla hasta morir antes que verla humillada! Que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques, y en todo tiempo y lugar de la tierra donde ellos la condujeren; que a su sombra la Nación Argentina acreciente su grandeza por siglos y siglos, y sea para todos los hombres

mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia.

Joaquín V. González.

DISCURSO DE LA BANDERA

Las naciones hijas de la guerra levantaron por insignias, para anunciarse a los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo ni hipogrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la civilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales, como objeto y fin de nuestra vida; una oliva para los hombres de buena voluntad, un laurel para las nobles virtudes: hé aquí cuanto ofrecieron nuestros padres, y lo que hemos venido cumpliendo nosotros, como República y harán extensivo a todas estas regiones, como Nación, nuestros hijos.

Domingo F. Sarmiento.

JUVENILIA, por Miguel Cané

Idea de la obra

Como casi su nombre lo indica, "Juvenilia" es una obra en la que el autor relata aventuras de su juventud, principalmente los episodios más interesantes de su vida de colegial.

La escribió en 1882. Cané la consideraba como su obra más lograda. En efecto, "Juvenilia" es un libro encandor, que se lee con interés desde sus primeras páginas.

La vida escolar, las aventuras de los estudiantes, están pintadas en forma magistral.

Una cantidad de personajes pintorescos desfilan en sus diversos capítulos.

Uno de ellos, Binomio, así llamado por la facilidad con que explicaba el binomio de Newton, un tema del programa de matemáticas.

Matías Behety, excelente muchacho y compañero que a pesar de sus notables condiciones no llegó a nada.

Benito Nieto, travieso escolar que se había procurado una llave de la puerta de calle y con la cual sus compañeros podían realizar "escapatorias nocturnas" para ir a bailes y fiestas, con la condición de que lo llevaran a él.

Cané nos recuerda con verdadera gracia gran cantidad de episodios: cómo debían dejar la cama los días de invierno, tiritando de frío; las bromas y diversiones de carnaval; las "veladas de turno" a que estaban obligados los alumnos acompañando al doctor Agüero, un anciano: los alumnos debían leerle un capítulo de un libro.

Los títulos de las diversas partes de "Juvenilia" dan idea de los relatos sabrosos que contiene: "Patricio contra Larsen'', "El nuevo vicerrector", "El combate'', "Una epidemia vaga", "Enfermero flaco y barrigón", "Chacarita de los Colegiales", "Nostalgia de la fruta de los vascos", "El loro Larrea'', "El bastonero'', "Marchando en las tinieblas", "El grito del caído", "El adiós del rey moro,", "Felices y despreocupados'',

"En una mañana radiante", "Un examinador como hay pocos", etc.

Todos los recuerdos de su vida de colegial viven en las páginas de Cané. "Juvenilia" no es propiamente dicho una novela, porque no se trata de la vida de un protagonista alrededor de la cual se bordan los acontecimientos. "Juvenilia" es un libro de recuerdos; principalmente de recuerdos de la vida de un colegial, donde alternan los gratos momentos vividos entre sus compañeros y profesores, con los trances difíciles y las aventuras inocentes y las travesuras intencionadas.

CAPITULO II

El segundo obstáculo insuperable fué la comida, invariable, igual, constante. En los primeros tiempos, apenas entrábamos en el refectorio, un alumno trepaba a una especie de púlpito, y así que atacábamos la sopa comenzaba con voz gangosa a leernos una vida de santo o una biografía de la Galería Histórica Argentina, siendo para nosotros obligatorio el silencio y, por tanto, el fastidio.

No puedo vencer el deseo de dar una idea sucinta del menú; *lo tengo fijo. grabado en el estómago y en el olfato. Dentro de un líquido incoloro, vago, misterioso, algo como aquellos caldos precipitados que las brujas de la Edad Media hacían a medianoche al pie de una horca con un racimo, para beberlo antes de ir al sabbat, navegaban audazmente algunos largos y pálidos fideos. Un*

mes llevé estadística: había atrapado tres en treinta días, y eso que estaba en excelentes relaciones con el grande que servía, médico y diputado hoy, el doctor Luis Eyzaguirre, uno de los tipos más criollos y uno de los corazones más bondadosos que he conocido en mi vida. Luego, siempre flotando sobre la honda incolora, pero siquiera en su elemento, venía un sábalo, el clásico sábalo que muchas veces, contra nuestro interés positivo, había muerto con dos días de anticipación.

En seguida, carnero. Notad que no he dicho cordero; carnero, carnero respetable, anciano, cortado en romboides y polígonos desconocidos en el texto geométrico; huesosos, cubiertos de levísima capa triturable y reposando, por su peso específico, en el fondo del consabido líquido, que para el caso se revestía de un color parduzco. Cuando Eyzaguirre hundía la cuchara en aquel mar, clavábamos los ojos en la superficie, mientras hacíamos el tácito y rápido cálculo sobre a quién tocaría el trozo saliente. De ahí amargas decepciones y júbilos manifiestos. Hacía el papel de pieza de resistencia un largo y escueto asado de costillar, cubierto de una capa venosa impermeable al diente. Habíamos corrido todo el día en el gimnasio, éramos sanos, los firmes dientes estaban habi-

tuados a romper la cáscara del coco y triturar el confite de Córdoba, el sábalo había tenido un éxito de respeto, debido a su edad; sin embargo, jamás vencimos la córnea defensa paquidérmica del asado de tira.

Cerraba la marcha, con una conmovedora regularidad, ya un plato de arroz con leche, ya una fuente de orejones. La leche, en su estado normal, es un elemento líquido; ¿por qué se llamaba aquello "arroz con leche"? Era sólido, compacto, y las moléculas, estrechándose con violencia, le daban una dureza de coraza. Si hubiéramos dado vuelta la fuente, la composición, fiel al receptáculo, no se habría movido dejando caer sólo la versátil capa de canela. En general, el color del orejón tira a un dorado intenso, que se comunica al líquido que lo acompaña. Además, es un manjar delicioso. Aquél no sólo afectaba un tinte negro y opaco, sino que, arenoso por naturaleza, sonaba al ser triturado.

¡Luego al gimnasio, a correr, a hacer la digestión!

CAPITULO IX

Llamado a Buenos Aires por el gobierno del general Mitre, tomó la dirección de los estudios en el Colegio Nacional, al mismo

tiempo que dictaba una cátedra de física en en la Universidad. Su influencia se hizo sentir inmediatamente entre nosotros. Formuló un programa completo de bachillerato en ciencias y letras, defectuoso tal vez en un solo punto: su demasiada extensión. Pero M. Jacques, habituado a los estudios fuertes, sostenía que la inteligencia de los jóvenes argentinos es más viva que entre los franceses de la misma edad, y que por consiguiente podíamos aprender con menor esfuerzo. Era exigente, porque él mismo no se economizaba; rara vez faltó a sus clases y muchas, como diré más adelante, tomó sobre sus hombros robustos la tarea de los demás.

Mis recuerdos vivos y claros en todo lo que al maestro querido se refiere me lo representan con su estatura elevada, su gran corpulencia, su andar lento un tanto descuidado, su eterno traje negro y aquellos amplios y enormes cuellos abiertos, rodeando un vigoroso pescuezo de gladiador. La cabeza era soberbia, grande, blanca, luminosa, de rasgos acentuados. La calvicie le tomaba casi todo el cráneo, que se unía, en una curva severa y perfecta, con la frente ancha y espaciosa, surcada de arrugas profundas y descansando, como sobre dos arcadas poderosas, en las cejas tupidas que sombreaban los

ojos hundidos y claros, de mirar un tanto duro y de una intensidad insostenible; la nariz, casi recta pero ligeramente abultada en la extremidad, era de aquel corte enérgico que denota inconmovible fuerza de voluntad. No usaba más que una ligera patilla que se unía bajo la barba, acentuada y fuerte, como las que se ven en algunas viejas medallas romanas.

M. Jacques era áspero, duro de carácter, de una irascibilidad nerviosa, que se traducía en acción con la rapidez del rayo, que no daba tiempo a la razón para ejercer su influencia moderadora. "No puedo con mi temperamento", decía él mismo, y más de una amargura de su vida provino de sus arrebatos irreflexivos. No conseguía detener su mano, y entre todos los profesores fué el único al que admitíamos usara hacia nosotros gestos demasiado expresivos. Un profesor se había permitido un día dar un bofetón a uno de nosotros, a Julio Landívar, si mal no recuerdo, y éste lo tendió a lo largo, de un puñetazo de la familia de aquel con que Maubrel obsequió a M. de Talleyrand; otra vez desmayamos de un tinterazo en la frente a otro *magister* que creyó agradable aplicarnos el antiguo precepto escolar; pero jamás nadie tuvo la idea sacrílega

de rebelarse contra Jacques. Bajo el golpe inmediato, solíamos protestar, arriesgando algunas ideas sobre nuestro carácter de hombres libres, etc. Pero una vez pasado el chubasco, nos decíamos los unos a los otros, los maltratados, para levantarnos un poco el ánimo: "¡Si no fuera Jacques!"... ¡Pero era Jacques!

CAPITULO XXV

¡Buena, sana, alegre, vibrante aquella vida de campo! Nos levantábamos al alba; la mañana inundada de sol, el aire lleno de emanaciones balsámicas, los árboles, frescos y contentos, el espacio abierto a todos rumbos, nos hacían recordar con horror las negras madrugadas del Colegio, el frío mortal de los claustros sombríos, el invencible fastidio de la clase de estudio. En la Chacarita estudiábamos poco, como era natural; podíamos leer novelas libremente, dormir la siesta, salir en busca de "camuatís" y, sobre todo, organizar con una estrategia científica las expediciones contra los "vascos".

Los "vascos" eran nuestros vecinos hacia el Norte, precisamente en la dirección en que los dominios colegiales eran más limitados. Separaba las jurisdicciones respectivas

un ancho foso, siempre lleno de agua y de bordes cubiertos de una espesa planta baja y bravía. Pasada la zanja, se extendía un alfalfar de media cuadra de ancho, pintorescamente manchado por dos o tres pequeñas parvas de pasto seco. ¡Más allá, el jardín de las Hespérides, los campos Elíseos, el Edén, la tierra prometida! Allí, en pasmosa abundancia, crecían sandías, robustas, enormes, cuyo solo aspecto apartaba la idea de la "caladura" previsora; la sandía ajena, de carne roja como el lacre, el "cucurbita citrullus" famoso, cuya reputación ha persistido en el tiempo y en el espacio; allí doraba el sol esos melones de origen exótico, redondos, incitantes en su forma ingénita de tajadas, los melones exquisitos, de suave pasta perfumada y de exterior caprichoso, grabado como un papiro egipcio. No tenían rivales en la comarca, y es de esperar que nuestra autoridad sea reconocida en esa materia. Las excursiones a otras chacras nos habían siempre producido desengaños; la nostalgia de la fruta de los vascos nos perseguía a cada momento, y jamás vibró en oído humano, en sentido menos figurado, el famoso verso de Garcilaso de la Vega.

Pero debo confesar que los "vascos" no eran lo que en lenguaje del mundo se llama

personajes de trato agradable. Robustos los tres, ágiles, vigorosos y de una musculatura capaz de ablandar el coraje más probado, eternamente armados con sus horquillas de lucientes puntas, levantando una tonelada de pasto en cada movimiento de sus brazos ciclópeos, aquellos hombres, como todos los mortales, tenían una debilidad suprema: amaban sus sandías, adoraban sus melones! Dos veces ya, los hados propicios nos habían permitido hacer con éxito una "razzia" en el cercado ajeno, cuando un día...

Eran las tres de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada, cuando, saltando subrepticiamente por una ventana del dormitorio donde más tarde debía alojarse el 1.º de caballería de línea, nos pusimos tres compañeros en marcha hacia la región feliz de las frescas sandías. Llegados al foso, lo costeamos hasta encontrar el vado conocido, allí donde habíamos tendido una angosta tabla, puente de campaña no descubierto aún por el enemigo. Lanzamos una mirada investigadora: ¡ni un vasco en el horizonte! Nos dividimos, y mientras uno se dirigía a la izquierda, donde florecía el "cantaloup", dos nos inclinamos a la derecha, ocultando el furtivo paso por entre el alfalfar en flor. Llegamos, y rápidos busca-

mos dos enormes sandías que en la pasada visita habíamos resuelto dejar madurar algunos días aún. La mía era inmensa, pero su mismo peso me auguraba indecibles delicias.

Cargué con ella, y cuando bajé los ojos para buscar otra pequeña con que saciar la sed sobre el terreno... un grito, uno solo, intenso, terrible, como el de Telémaco, que petrificó al ejército de Adrasto, rasgó mis oídos. Tendí la mirada al campo de batalla; ya la izquierda, representada por el compañero de los melones, batía presurosa retirada. De pronto, detrás de una parva, un vasco horrible, inflamado, sale en mi dirección, mientras otro pone la proa sobre mi compañero, armados ambos del pastoril instrumento cuyo solo aspecto comunica la ingrata impresión de encontrarse en los aires, sentado incómodamente sobre dos puntas aceradas que penetran...

¡Cómo corría, abrazado tenazmente a mi sandía! ¡Qué indiferencia suprema por la gorra ingrata que me abandonó en el momento terrible, quedando como trofeo sobre campo enemigo! Y, sobre todo, ¡cuán veloz me parecía aquel vasco, cuyo respirar de fuelle de herrería creía sentir rozarme los cabellos! Volábamos sobre la alfalfa: ¡qué larga es media cuadra!

Un momento cruzó mi espíritu la idea de abandonar mi presa a aquella fiera para aplacarla. Los recuerdos clásicos me autorizaban; pensé en Medea, en Atalanta, pensé en los jefes de caballería que regaban el camino de la "retirada" con las prendas de su apero; pensé... ¡No! ¡Era una ignominia! Llegar al dormitorio y decir: "me ha corrido el vasco y me ha quitado la sandía", ¡jamás! Era mi escudo lacedemonio: ¡vuelve con él o sobre él!

Instintivamente había tomado la dirección del vado; pero el vasco de mi compañero, por medio de una diagonal, habría llegado antes que yo, y debo declarar que, a pesar de la persecución personal del mío, los tres vascos me eran igualmente antipáticos. ¡Marché de cara al sol! como el Byron de Núñez de Arce. Mi agilidad proverbial, aumentada por las fatigas diarias del rescate, había brillado en aquella ocasión; así, cincuenta pasos antes de llegar al foso mi partido estaba tomado. Puse el corazón en Dios, redoblé la ligereza y salté... Una desagradable impresión de espinas me reveló que había salvado el obstáculo; pero ¡oh dolor! en el trayecto se me había caído la sandía, que yacía entre las aguas cenagosas del foso!

Me detuve y observé a mi vasco: ¿daría el salto? Lo deseaba en la seguridad de que iría a hacer compañía a la sandía. Pero aquell hombre terrible meditó, y plantándose del otro lado de la zanja, apoyado en su tridente, empezó a injuriarme de una manera que revelaba su educación sumamente descuidada. Escapa a mi memoria si mi actitud en aquellas circunstancias fué digna; sólo recuerdo que en el momento en que tomaba un cascote, sin duda para darle un destino contrario a los intereses positivos de mi vasco, vi a mis dos compañeros correr en dirección a "las casas" y al vasco de los melones despuntar por el vado y dirigirse a mí. ¡De nuevo en marcha precipitada, pero seguro ya del triunfo!...

Eran las tres y media de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada cuando, con la cara incandescente, los ojos saltados, sin gorra, las manos ensangrentadas por los zarzales hostiles, saltamos por la ventana del dormitorio. Me tendí en la cama y, mientras el cuerpo reposaba con delicia, reflexioné profundamente en la velocidad inicial que se adquiere cuando se tiene un vasco irritado a retaguardia, armado de una horquilla.

FALUCHO y EL SORTEO DE MATUCANA

I

En la noche del 6 de febrero, subsiguiente a la de la sublevación, hallábase de centinela en el torreón del Real Felipe un soldado negro del regimiento del Río de la Plata, conocido en el Ejército de los Andes con el nombre de guerra de *Falucho*.

Era Falucho un soldado valiente, muy conocido por la exaltación de su patriotismo, y, sobre todo, por su entusiasmo por cuanto pertenecía a Buenos Aires. Como uno de tantos que se hallaban en igual caso, había sido envuelto en la sublevación, que hasta aquel momento no tenía más carácter que el de un motín de cuartel.

Mientras que aquel obscuro centinela velaba en el alto torreón del castillo, donde se elevaba el asta-bandera en que hacía pocas horas flameaba el pabellón argentino, Casariego decidía a los sublevados a enarbolar el estandarte español en la obscuridad de la

noche, antes de que se arrepintiesen de su resolución.

Sacada la bandera española de la sala de armas, donde se hallaba rendida y prisionera, fué llevada en triunfo hasta el baluarte de Casas-Matas, en donde debía ser enarbolada primeramente, afirmándola con una salva general de todos los castillos.

Faltaba poco para amanecer; los primeros resplandores de la aurora iluminaban el horizonte y el mar Pacífico estaba sereno.

En aquel momento se presentaron ante el negro Falucho los que debían enarbolar el estandarte, contra el que combatía después de catorce años.

A su vista el noble soldado, comprendiendo su humillación, se arrojó al suelo y se puso a llorar amargamente, prorrumpiendo en sollozos.

Los encargados de cumplir lo ordenado por Moyano, admirados de aquella manifestación de dolor, que acaso interpretaron como un movimiento de entusiasmo, ordenaron a Falucho que presentase el arma al pabellón del Rey que se iba a enarbolar.

—Yo no puedo hacer honores a la bandera contra la que he peleado siempre — contestó Falucho con melancólica energía, apo-

derándose nuevamente del fusil que había dejado caer.

—¡Revolucionario! ¡Revolucionario! — gritaron varios a un mismo tiempo.

—¡Malo es ser revolucionario, pero peor es ser traidor! — exclamó Falucho con el laconismo de un héroe de la antigüedad; y tomando su fusil por el cañón, lo hizo pedazos contra el asta-bandera, entregándose nuevamente al más acerbo dolor.

Los ejecutores de la traición, apoderándose inmediatamente de Falucho, le intimaron que iba a morir, y haciéndole arrodillarse en la muralla que daba frente al mar, cuatro tiradores le abocaron a quemarropa sus armas al pecho y a la cabeza. Todo era silencio y las sombras flotantes de la noche aun no se habían disipado. En aquel momento brilló el fuego de cuatro fusiles, se oyó su detonación: resonó un grito de *¡viva Buenos Aires!*, y luego, entre una nube de humo, se sintió el ruido sordo de un cuerpo que caía al suelo. Era el cuerpo ensangrentado de Falucho, que caía gritando *¡viva Buenos Aires!* ¡Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar al corazón de un soldado tosco y obscuro!

Así murió Falucho, como un guerrero digno de la República de Esparta, enseñando có-

mo se muere por sus principios y cómo se protesta bajo el imperio de la fuerza. Para enarbolar la bandera española en los muros del Callao fué necesario pasar por encima de su cadáver. Se enarboló al fin, pero salpicada con su sangre generosa, y aún tremolando orgullosamente en lo alto del baluarte el valiente grito de *¡viva Buenos Aires!* fué la noble protesta del mártir contra la traición de sus compañeros.

¡El martirio de Falucho no fué estéril!

Pocos días después, se sublevaron en la Tablada de Lurín dos escuadrones del regimiento de Granaderos a caballo, y deponiendo a sus jefes y oficiales marcharon a incorporarse a los sublevados del Callao. A la distancia vieron flotar el pabellón español en las murallas. A su vista, una parte de los granaderos, que ignoraba que los sublevados hubiesen proclamado al Rey, volvieron avergonzados sobre sus pasos, como si la terrible sombra de Falucho les enseñase airada el camino del honor.

II

La columna siguió su marcha ascendiendo siempre a lo largo de la quebrada.

Luego que la división llegó al pueblo de

San Juan de Matucana, que dista 19 leguas de Lima, los prisioneros fueron colocados sobre la ribera del río del mismo nombre, bajo la guardia de dobles centinelas de vista. Inmediatamente se presentó el general García Camba, jefe de estado mayor de la división, acompañado del coronel español Fur. El primero (a quien se atribuye haber instigado a Monet a cometer el acto de barbarie que se ejecutó en ese día, y que en sus *Memorias* se justifica mal del cargo), ordenó a los prisioneros que se formasen en ala, lo que ejecutaron todos, con excepción del general don Pascual Vivero, que estaba separado de ella, y que era el mismo que se había sublevado contra el Rey de España, entregando la plaza de Guayaquil.

Así que los prisioneros estuvieron formados, García Camba les habló en términos duros con el semblante airado que le era habitual.

—Señores — les dijo, — tengo orden terminante del general de la división de sortear a ustedes para que mueran dos, por los dos que se han fugado; en la inteligencia de que, de hoy en adelante, serán responsables los unos de los otros, pues si se fugan diez, serán fusilados diez; y si se fugase la mitad, morirá el resto.

El doctor López Aldana, auditor de guerra del ejército independiente, el hombre de la justicia, el representante del derecho en presencia de la fuerza, fiel a sus compañeros de infortunio y a los sagrados deberes del abogado, no pudo contener su indignación y levantó su voz enérgica en favor de los oprimidos, como si abogase ante el tribunal; y, para honor de la humanidad, esta defensa se ha salvado por la tradición oral.

—En ninguna parte se ha visto — dijo López Aldana, — que la víctima sea custodia de la víctima. En las sociedades bárbaras no se recuerda un hecho tan atroz ni tan injusto. Que responda el oficial de las faltas, pero jamás ninguno de los prisioneros, porque ninguno ha negado ni niega sus brazos y sus pies a las cadenas que quieran ponerles. Sobre todo, reclamo que se observe con nosotros el derecho de gentes y...

—Bastante se ha observado el derecho de gentes con usted y sus compañeros — le interrumpió Camba, — pues tienen aún la cabeza sobre los hombros.

Inmediatamente se dispuso lo conveniente para proceder al sorteo, y los prisioneros, comprendiendo que se hallaban bajo el peso de una resolución implacable, guardaron silencio, salvando así su dignidad y esperando

tranquilamente el misterioso fallo del destino.

El coronel argentino Videla Castillo, que formaba, por su elevada graduación, a la cabeza de sus compañeros, quiso hacer aún un último esfuerzo por ellos, inmolándose por la salvación común.

—Va a procederse al sorteo — dijo Camba, en alta voz, dirigiéndose a los prisioneros.

—¿Con qué derecho se hace esto? — le preguntó Videla Castillo.

—¡Con el derecho del que lo puede! — repuso secamente Camba.

—Bien; tenga usted cuidado con la represalia, señor Camba.

—Señores, va a procederse al sorteo — volvió a repetir Camba.

—¡Es inútil esa suerte! — dijo con tranquila firmeza el noble coronel Videla Castillo. — Aquí estamos dos coroneles: elija usted cuál de los dos ha de morir, o fusílesenos a los dos juntos si se quiere, y hemos concluído.

—¡No! ¡No! ¡A la suerte! — gritaron casi a un mismo tiempo todos los prisioneros.

El general Vivero, que en este intervalo había advertido lo que pasaba en el campo de los prisioneros, se dirigió hacia donde ellos

estaban, y sin proferir una palabra se formó tranquilamente a la cabeza de la fila, como si fuese a cumplir con un deber ordinario del servicio.

Era el general don Pascual Vivero un anciano de más de sesenta años, de figura marcial y fisonomía simpática, a la que daban apacible majestad los blancos cabellos que coronaban su cabeza.

García Camba, que se hallaba en aquel momento distraído presidiendo los preparativos del sorteo, notó al general Vivero al levantar la vista.

—Señor don Pascual — le dijo, haciéndole con la mano ademán de que se retirase, — con usted no reza la orden.

—¡Sí, reza! — contestó sencillamente el noble anciano, con el sublime laconismo del padre de los Horacios.

—No, don Pascual; esta orden sólo reza para los prisioneros que marchaban unidos.

—Debe rezar conmigo, porque debo participar de la suerte de mis compañeros, así en las desgracias como en las felicidades. Por mi grado me corresponde sacar la primera suerte.

—¡Se va a proceder al sorteo! — gritó el implacable jefe de estado mayor, sin darse por entendido de la insistencia.

Entonces el general Vivero, sensibilizado en presencia de tantos jóvenes que iban a jugar sus vidas, se dirigió al ejecutor de tan tiránica orden, hablándole en estos términos:

—Soy un viejo soldado que ha sido traidor a Fernando VII, que ha entregado la plaza de Guayaquil, y he devuelto todos mis honores al Rey. He perdido dos hijos en el campo de batalla, y han muerto defendiendo su Patria, que es también la mía, porque era mía la sangre que derramaron (*textual*). De consiguiente, poco útil puedo ser ya a la Patria: esos jóvenes todavía pueden darle días de gloria, por lo que pido y suplico que se sacrifique a este pobre viejo, y que se salven tan preciosas vidas.

García Camba, que en aquel momento escribía las cedulillas del sorteo a muerte, sobre una caja de guerra que le tenía su tambor de órdenes, no oyó, acaso aparentó no oír, las sentidas palabras del generoso anciano.

Escritas las cedulillas, eran dobladas por el tambor y arrojadas en el morrión cónico de un sargento del regimiento de Cantabria, que daba ese día la guardia. Acto continuo se procedió a pasar lista a los prisioneros, que para algunos de ellos iba a ser la última lista de la vida.

El orden de la formación, dando frente al

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

río, que corría como a diez pasos, era el siguiente:

General Vivero, español.

Coronel Videla Castillo, de la Punta de San Luis.

Coronel Ortega, colombiano.

Mayor Escolástico Magán, argentino.

Capitán Reaño, de San Juan.

Capitán Manuel López, de Córdoba.

Capitán don Pedro José Díaz, de Mendoza.

Mayor Tenorio, peruano.

Capitán Ramón Lista, de Buenos Aires.

Seguían sucesivamente todos los demás, entre los cuales se hallaban representadas todas las provincias de la República Argentina, en aquella época incluso la Oriental, no deteniéndonos más en esta revista por ser los nombrados los únicos (con excepción de uno solo) a quienes les cupo el terrible honor de tomar suerte, como se verá más adelante.

El primero que metió la mano en el morrión que contenía la ciega sentencia de muerte que pesaba sobre aquellas nobles cabezas, fué el coronel don José Videla Castillo. Tomó su cédula y sin que se le notase agitación en el pulso la abrió y vió que era *blanca,* y ningún síntoma de alegría se dibujó en su semblante austero y reposado.

El coronel Ortega, el mayor Magán, los ca-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

pitanes Reaño, López y don Pedro José Díaz tomaron sus cédulas, con igual serenidad, imitando el bello ejemplo que les daba su jefe. A todos ellos les tocó blanca.

Parecía imposible que entre tantas almas tan bien templadas pudiese haber un cobarde, y, sin embargo, lo hubo. El nombre de ese infame debe clavarse en la picota de la historia para eterno baldón suyo, y nos honramos en ser los primeros que lo damos a luz, para hacer resplandecer más la sublimidad del heroísmo estigmatizando la cobardía como merece.

Cuando llegó su turno al mayor Tenorio, su rostro se demudó y retiró instintivamente la mano que iba a meter en el morrión fatal, que contenía la vida o la muerte.

—¡Yo no tomo cédula! — exclamó, al fin, el cobarde Tenorio, después de algunos momentos de vacilación en que no vió por todas partes más que semblantes adustos.

—Tome usted su suerte como los demás — le ordenó con imperio García Camba.

—Que declare primero el señor — dijo Tenorio, señalando a Lista, que estaba a su izquierda; — él sabe quiénes son los que protegieron la fuga.

—¡Yo no sé nada! — interrumpió bruscamente Lista. — Venga la suerte.

—Usted me ha dicho que sabía quiénes eran; y no deben pagar los justos por los pecadores.

—¡Es usted un infame! — le apostrofó Lista. — Si yo he dicho algo a usted, será en el seno de la confianza. ¡A ver, venga mi suerte! — añadió, metiendo la mano en el morrión fatídico del impasible sargento de Cantabria y sacando una cédula que se dispuso a desdoblar con sangre fría.

En aquel momento salió un joven de entre las filas, y adelantándose cuatro pasos exclamó con voz vibrante:

—¡Yo soy uno!

—¡Yo soy el otro! — dijo inmediatamente otro oficial, que imitó la acción de su compañero.

—¡Venga la suerte! ¡Venga la suerte! — gritaron todos a un mismo tiempo, a excepción del infame Tenorio.

—¡Es inútil! — les contestaban aquellos dos grandes corazones, que se ofrecían al sacrificio como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas.

El primero de éstos, joven todavía, en la edad de las verdes promesas de la vida, se llamaba don Juan Antonio Prudan y era natural de Buenos Aires.

El segundo, de edad más provecta, con la

frente calva y con una orla de cabellos negros que le circundaba el cráneo, dándole un aspecto imponente, era el capitán don Alejo Millán, hijo de Tucumán.

Ambos habían hecho casi todas las campañas de la Independencia, especialmente Millán, quien había estado presente en todas las guerras del Alto Perú. Prudan, prisionero en Vilcapugio, había permanecido siete años prisionero en las Casas - Matas del Callao, hasta que la expedición de San Martín a Lima puso fin a su largo cautiverio.

Sin embargo de la tranquila resolución de Prudan y Millán, todos exigían que se continuase el sorteo.

—¡Es inútil! — volvió a repetir Millán. — En prueba de que soy yo el que debe morir, aquí está una carta del general Estomba.

—En el equipaje que viene en mi maleta se encontrará la casaca de Luna — dijo Prudan.

—¡No le crea! — gritaron a una voz todos los prisioneros.

—¡Es cierto! — contestaba Prudan.

—No hay que afligirse — añadía Millán, con entereza, — ¡verán morir dos valientes!

—Es inútil seguir la suerte — dijo entonces con frialdad García Camba. — Habiéndo-

se presentado los dos culpables, serán fusilados.

Millán, prisionero de los españoles en la batalla de Ayohuma, y que había estado encerrado en las Casas - Matas del Callao cerca de siete años, dijo entonces:

—Prefiero la muerte, de cualquier modo que sea, a los tormentos de ser presidiario de los españoles.

Bartolomé Mitre.

POLIFEMO

El coronel Toledano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz, que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa de alas anchurosas, reviradas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aun más que esto, infundía pavor y grima la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El Coronel era tuerto. En la guerra de Africa había dado muerte a muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aun palpitantes. Esto creíamos al menos ciegamente todos los chicos que al salir de la escuela íbamos a ju-

gar al parque de San Francisco, en la noble y heroica ciudad de Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente, los días claros, de doce a dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos columbrábamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones; y cuando no, escuchábamos su voz fragosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El Coronel era sordo también, y no podía hablar sino a gritos.

—Voy a comunicarle a usted un secreto — decía a cualquiera que le acompañase en el paseo. — Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con el chico de Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallasen a doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente solo; pero cuando algún amigo se acercaba, hallábalo propicio. Quizá aceptase de buen grado la compañía por tener ocasión de abrir el odre donde guardaba aprisionada su voz potente. Lo cierto es que en cuanto tenía interlocutor, el parque de San Francisco se estremecía. No era ya un paseo público; entraba en los dominios exclusivos del Coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmurar de las fuentes, todo callaba. No se oía

más que el grito imperativo, autoritario, severo, del guerrero de Africa. De tal modo, que el clérigo que le acompañaba (a tal hora, sólo algunos clérigos acostumbraban a pasear por el parque) parecía estar allí únicamente para abrir, ahora uno, después otro, todos los registros que la voz del Coronel poseía. ¡Cuántas veces, oyendo aquellos gritos terribles, fragorosos, viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba a arrojarse sobre el desgraciado sacerdote que había tenido la imprevisión de acercarse a él!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho o diez años, como nosotros. ¡Desdichado! No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo he visto a un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo como la de Gasparito Toledano paseando con su tío. No entendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales, cómo no enfermaba del corazón o moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones: "¿Se lo habrá merendado ya?" Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experi-

mentábamos a la par sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que un día u otro concluiría por ser víctima de algún capricho sanguinario de Polifemo.

Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro vivaracho aquellos signos del terror y abatimiento que debían de ser los únicos en él impresos. Al contrario, brillaba constantemente en sus ojos una alegría cordial que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío, marchaba con la mayor soltura, sonriente, feliz, brincando unas veces, otras acompasadamente, llegando su audacia o su inocencia hasta a hacernos muecas a espaldas de él. Nos causaba el mismo efecto angustioso que si le viésemos bailar sobre la flecha de la torre de la catedral. "¡Gaspar!" El aire vibraba y transmitía aquel bramido a los confines del paseo. A nadie de los que allí estábamos nos quedaba el color entero. Sólo Gasparito atendía como si le llamara una sirena: "¿Qué quiere usted, tío?", y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía al

nombre de Muley, en recuerdo sin duda de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El Muley, como Gasparito, vivía en poder de Polifemo lo mismo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, juguetón, campechano, incapaz de falsía, era, sin ofender a nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagro que todos los chicos estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible hacerlo, sin peligro de que el Coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho, queso y otras golosinas que nuestras mamás nos daban para merendar. El Muley lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Mas a fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo perdurable a perros y hombres, diré que no mostraba más afecto a quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo, entre niños, no existían clases sociales) un pobrecito hospiciano, llamado Andrés, que nada podía darle, porque nada tenía. Pues bien: las preferencias de Muley estaban para él. (Los rabotazos más vivos, las carocas

más subidas y vehementes, a él se consagraban, en menoscabo de los demás). ¡Qué ejemplo para cualquier diputado de la mayoría!

¿Adivinaba el Muley que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro; pero así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado a concebir una verdadera pasión por este animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro o a las chapas y se presentaba por allí de improviso Muley, ya se sabía, llamaba aparte a Andresito y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se columbraba allá entre los árboles.

Pero estas entrevistas rápidas y llenas de zozobra fueron sabiéndole a poco al hospiciano. Como un verdadero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y a solas.

Por eso, una tarde, con osadía increíble, se llevó a presencia nuestra el perro hasta el Hospicio, como en Oviedo se denomina la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El Muley parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el Coro-

nel aun no se había ido del paseo ni advirtió la deserción de su perro.

Repitiéronse una tarde y otra tales escapatorias. La amistad de Andresito y Muley se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por el Muley. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aun no estaba contento el hospiciano. En su mente germinó la idea de llevarse el Muley a dormir con él a la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores al lado del cuarto de éste, en un jergón fementido de hojas de maíz. Una tarde condujo al perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche deliciosa para el desgraciado niño! No había sentido en su vida otras caricias que las del Muley. Los maestros primero, el cocinero después, le habían hablado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados. Allá al amanecer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa.

—Mira, Muley — dijo en voz baja, mostrándole el cardenal.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas lo soltó.

El Muley corrió a casa de su dueño; pero a la tarde ya estaba en el parque dispuesto a seguir a Andresito. Volvieron a dormir juntos aquella noche y la siguiente, y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo. Andresito era feliz al borde de una sima.

Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo jugando a los botones, oímos detrás dos formidables estampidos.

—¡Alto! ¡Alto!

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente a nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?...

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba a uno en pos de otro. El Muley, que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo — repitió el chico en voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú! — dijo el Coronel sonriendo ferozmente. — ¿Y tú no sabes a quién pertenece este perro?

Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es? — volvió a preguntar a grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos a ver?

—Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí, pensé que Andresillo estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El Coronel le miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere — dijo el niño con voz firme.

El Coronel volvió a mirarle fijamente.

—Está bien — dijo al cabo. — ¡Pues cuidado con que otra vez te lo lleves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso, se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro y dijo, volviéndose:

—Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas a secuestrar el perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresito había dejado caer la moneda al suelo y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El Coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? No llores, hijo mío.

—Porque le quiero mucho... porque es el único que me quiere en el mundo — gimió Andrés.

—¿Pues de quién eres hijo? — preguntó el Coronel sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo? — gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al Coronel demudarse. Abalanzóse al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañue-

lo, lo abrazó, lo besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te he dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

Y después que le hubo serenado con estas y otras razones, proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío?... Cuando quieras...

Dios me perdone; pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba gozoso.

Armando Palacio Valdéz.

PLATERO Y YO

I. LA COZ

Ibamos, cortizo de Montemayor, al herradero de los novillos. El patio empedrado, sombrío bajo el inmenso y ardiente cielo

azul de la tardecita, vibraba sonoro del relinchar de los alegres caballos pujantes, del reír fresco de las mujeres, de los afilados ladridos inquietos de los perros. Platero, en un rincón, se impacientaba.

—Pero, hombre — le dije, — si tú no puedes venir con nosotros; si eres muy chico...

Se ponía tan loco, que le pedí al Tonto que se subiera en él y lo llevara con nosotros.

...Por el campo claro, ¡qué alegre cabalgar! Estaban las marismas risueñas, ceñidas de oro, con el sol en sus espejos rotos, que doblaban los molinos cerrados. Entre el redondo trote duro de los caballos, Platero alzaba su raudo trotecillo agudo, que necesitaba multiplicar insistentemente, como el tren de Ríotinto su rodar menudo, para no quedarse sólo con el Tonto en el camino. De pronto, sonó como un tiro de pistola. Platero le había rosado la grupa a un fino potro tordo con su boca, y el potro le había respondido con una rápida coz. Nadie hizo caso, pero yo le vi a Platero una mano corrida de sangre. Eché pie a tierra y, con una espina y una crin, le prendí la vena rota. Luego le dije al Tonto que se lo llevara a casa.

Se fueron los dos, lentos y tristes, por el arroyo seco que baja del pueblo, tornando la cabeza al brillante huir de nuestro tropel...

Cuando, de vuelta del cortijo, fuí a ver a Platero, me lo encontré mustio y doloroso.

—¿Ves — le suspiré — que tú no puedes ir a ninguna parte con los hombres?

II. IDILIO DE ABRIL

Los niños han ido con Platero al arroyo de los chopos, y ahora lo traen trotando, entre juegos sin razón y risas desproporcionadas, todo cargado de flores amarillas. Allá abajo les ha llovido — aquella nube fugaz que veló el prado verde con sus hilos de oro y plata, en los que tembló, como en una lira de llanto, el arco iris. — Y sobre la empapada lana del asnucho, las campanillas mojadas gotean todavía.

¡Idilio fresco, alegre, sentimental! ¡Hasta el rebuzno de Platero se hace tierno bajo la dulce carga llovida! De cuando en cuando, vuelve la cabeza y arranca las flores a que su bocota alcanza. Las campanillas, níveas y gualdas, le cuelgan, un momento, entre el blanco babear verdoso y luego se le van a la barrigota cinchada. ¡Quién, como tú, Platero, pudiera comer flores!... ¡y que no le hicieran daño!

¡Tarde equívoca de abril!... Los ojos brillantes y vivos de Platero copian toda la ho-

ra de sol y lluvia, en cuyo ocaso, sobre el campo de San Juan, se ve llover, deshilachada, otra nube rosa.

III. LA ARRULLADORA

La chiquilla del carbonero, bonita y sucia cual una moneda, bruñidos los negros ojos y reventando sangre los labios prietos entre la tizne, está a la puerta de la choza, sentada en una teja, durmiendo al hermanito.

Vibra la hora de mayo, ardiente y clara como un sol por dentro. En la paz brillante, se oye el hervor de la olla que cuece en el campo, la brama de la dehesa de los Caballos, la alegría del viento del mar en la maraña de los eucaliptos.

Sentida y dulce, la carbonera canta:

Mi niiiño se va a dormiii
en graaasia de la Pajtoraaa...

Pausa. El viento en las coplas...

...y paaar dormirse mi niñooo,
se duerme la arruyadoraaa...

El viento... Platero, que anda, manso, entre los pinos quemados, se llega, poco a poco...

Luego se echa en la tierra fresca y, a la larga copla de la madre, se adormila, igual que un niño.

Juan Ramón Jiménez.

EL RASTREADOR Y EL BAQUEANO

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos lo tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren a buscar una pisada de ladrón, y, encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada, que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa y, señalando un

hombre que encuentra, dice fríamente: "¡Este es!" El delito está probado, y raro es el delincuente que se resiste a esta acusación. Para él más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo, que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta: "Ya no valgo nada; ahí están los niños". Los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que durante un viaje a Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después Calíbar regresó, vió el rastro ya borrado e imperceptible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra en una casa y encuentra su montura, ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. ¡Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años! El año 1830 un reo condenado a

muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fué encargado de buscarlo. El infeliz previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle, porque comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas; cuadras enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas, cruzaba un sitio y volvía para atrás. Calíbar lo seguía sin perder la pista; si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba: "¡Dónde te *mias-dir!*" Al fin llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador... ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas hierbas y dice: "¡Por aquí ha salido; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican!" Entra en una viña; Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: "Adentro está". La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a

dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas. "No ha salido" fué la breve respuesta que sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado. En 1830 algunos presos políticos intentaban una evasión; todo estaba preparado: los auxiliares de afuera prevenidos; en el momento de efectuarla, uno dijo: "¿Y Calíbar?" "¡Cierto!" — contestaron los otros anonadados, aterrados. — ¡Calíbar!" Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días, contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es este del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!

Después del rastreador viene el baqueano, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares y de las provincias. El baqueano es un gaucho grave y reservado, que conoce a palmos veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El ba-

queano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del Ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.

El baqueano es casi siempre fiel a su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado a llevar un traidor a su lado y a pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baqueano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adónde van. El sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo más obscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla, monta en

seguida, y les dice para asegurarlos: "Estamos en dereseras de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al Sur", y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.

Si aun esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la obscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca, y después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado, o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires.

Si el baqueano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baqueano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa a galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo él sabe, y galopando día y noche llega al lugar designado.

El baqueano anuncia también la proximi-

dad del enemigo, esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los gamos y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima observa los polvos, y por su espesor cuenta la fuerza: "son dos mil hombres" — dice, — "quinientos", "doscientos", y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, o es un campamento recién abandonado, o un simple animal muerto. El baqueano conoce la distancia que hay de un lugar a otro; los días y las horas necesarias para llegar a él, y a más una senda extraviada e ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exagerado? ¡No! El general Rivera, de la Banda Oriental, es un simple baqueano, que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileños sin su auxilio, y no la hubieran libertado sin él los argentinos. Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el ge-

neral baqueano, y todo el poder de Buenos Aires, hoy con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer destruído a pedazos, por una sorpresa, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por otro accidente inapercibido o insignificante.

El general Rivera principió sus estudios del terreno en el año 1804, y haciendo la guerra a las autoridades entonces, como contrabandista, a los contrabandistas después como empleado, al rey en seguida como patriota, a los patriotas más tarde como montonero, a los argentinos como jefe brasileño, a éstos como general argentino, a Lavalleja como presidente, al presidente Oribe como jefe proscripto, a Rosas, en fin, aliado de Oribe, como general oriental, ha tenido sobrado tiempo para aprender un poco de la ciencia del baqueano.

Domingo Faustino Sarmiento.

EL HORNERO

La casita del hornero
Tiene alcoba y tiene sala.
En la alcoba la hembra instala
Justamente el nido entero.

En la sala, muy orondo,
El padre guarda la puerta,
Con su camisa entreabierta
Sobre su buche redondo.

Lleva siempre un poco viejo
Su traje aseado y sencillo,
Que, con tanto hacer ladrillo,
Se le habrá puesto bermejo.

Elige como un artista
El gajo de un sauce añoso,
O en el poste rumoroso
Se vuelve telegrafista.

Allá, si el barro está blando,
Canta su gozo sincero.
Yo quisiera ser hornero
Y hacer mi choza cantando.

Así le sale bien todo,
Y así, en su honrado desvelo,
Trabaja mirando al cielo
En el agua de su lodo.

Por fuera, la construcción,
Como una cabeza crece,
Mientras, por dentro, parece
Un tosco y buen corazón.

Pues como su casa es centro
De todo amor y destreza,
La saca de su cabeza
Y el corazón pone adentro.

La trabaja en paja y barro,
Lindamente la trabaja,
Que en el barro y en la paja
Es arquitecto bizarro.

La casita del hornero
Tiene sala y tiene alcoba,
Y aunque en ella no hay escoba,
Limpia está con todo esmero.

Concluyó el hornero su horno,
Y con el último toque,
Le deja áspero el revoque
Contra el frío y el bochorno.

Ya explora al vuelo el circuito,
Ya, sobre la tierra lisa,
Con tal fuerza y garbo pisa
Que parece un martillito.

La choza se orea, en tanto,
Esperando a su señora,
Que elegante y avizora
Llena su humildad de encanto.

Y cuando acaba, jovial,
De arreglarla a su deseo,
Le pone con un gorjeo
Su vajilla de cristal.

Leopoldo Lugones.

EL NEGRO FALUCHO

Duerme el Callao. Ronco son
Hace del mar la resaca,
Y en la sombra se destaca
Del Real Felipe el torreón.
En él está de facción,
Porque alejarle quisieron,
Un negro de los que fueron
Con San Martín, de los grandes
Que en las pampas y en los Andes
Batallaron y vencieron.

Por la pequeña azotea
Falucho, erguido y gentil,
Echado al hombro el fusil,
Lentamente se pasea;
Piensa en la patria, en la aldea
Donde dejó el hijo amado,
Donde, en su hogar desolado,
Triste le aguarda la esposa,
Y en Buenos Aires, la hermosa,
Que es su pasión de soldado.

Llega del fuerte a su oído
Rumor de voces no usadas,
De bayonetas y espadas

Agudo y áspero ruido;
Un "¡viva España!" seguido
De un otro viva a Fernando,
Y está Falucho dudando
Si dan los gritos que escucha
Sus compañeros de lucha,
O si está loco o soñando.

Desde los Andes, el día,
Que ciñe en rosas la frente,
Abierta el ala luciente
Hacia los mares caía,
Cuando Falucho, que ansía
Dar un viva a su manera,
Como protesta altanera
Contra menguadas traiciones,
Izó nervioso, a tirones,
La azul y blanca bandera.

"—¡Por mi cuenta te despliego,
Dijo airado, y de esta suerte,
Si a tus pies está la muerte,
A tu sombra muera luego!"
Nació el sol: besos de fuego
Dióla en rayos de carmín,
Rodó el mar desde el confín
Un instante estremecido,
Y en la torre quedó erguido
El negro de San Martín.

No bien así desplegados
Nuestros colores lucían,
Por la escalera subían
De tropel los sublevados.
Ven a Falucho, y airados
Hacia él se precipitan:
"—¡Baja ese trapo, le gritan,
Y nuestra enseña enarbola!..."
¡Y es la bandera española
La que los criollos agitan!

Dobló Falucho, entretanto,
La oscura faz sin sonrojos,
Y ante aquel crimen, sus ojos
Se humedecieron en llanto.
Vencido al punto el quebranto,
Con fiero arranque exclamó:
"—¡Enarbolar *ésa* yo
Cuando está *aquélla* en su puesto..."
Y un juramento era el gesto
Con que el negro dijo: "¡No!"

Con un acento glacial
En que la muerte predicen
"—Presenta el arma, le dicen,
Al estandarte real".
Rotos por la orden fatal
De la obediencia los lazos,
Alzó el fusil en sus brazos,

Con un rugido de fiera,
Y contra el asta-bandera
Lo hizo de un golpe pedazos.

Ante la audacia insolente
De esta acción inesperada,
La infame turba, excitada,
Gritó: "¡Muera el insurgente!"
Y asestados al valiente
Cuatro fusiles brillaron:
"—¡Ríndete al Rey!" le intimaron,
Mas como el negro exclamó:
"—¡Viva la patria, y no yo!"
Los cuatro tiros sonaron.

Uno, el más vil, corre y baja
El estandarte sagrado,
Que cayó sobre el soldado
Como gloriosa mortaja.
Alegres dianas la caja
De los traidores batía,
El Pacífico gemía
Melancólico y desierto,
Y en la bandera del muerto
Nuestro sol resplandecía.

Rafael Obligado.

EL SUEÑO

Tres cabezas de oro y una
donde ha nevado la luna.
—Otro cuento más, abuela,
que mañana no hay escuela.

—Pues, señor, este era el caso...
(Las tres cabezas hermanas
cayeron como manzanas
maduras en el regazo).

Rafael Alberto Arrieta.

ROMANCE DE LAS BODAS DE REMEDITOS

Remeditos, Remeditos,
¡cómo le sienta de bien
al capullo de la rosa
la vecindad del laurel!
La niña cuenta quince años;
treinta y cuatro cuenta él;
pero un día se prendaron
la niña y el coronel.
Doña Tomasa, la madre,
No lo quería creer.

Y el padre... Mucho le plugo
a don Antonio José.
Se prendaron y se casan.
—¿Va a las bodas su merced?
(Era en el mes de setiembre,
y en el año 12 fué).

A mediodía la misa
de las bendiciones fué.
Pálida estaba la niña
en lo blanco de la tez.

Los viejos que van llegando
dicen una y otra vez
ante el capullo de rosa,
ante el gallardo laurel:
—Una tarde para bodas,
que mejor no puede ser.
—¡Bendiciones, Remeditos!
—Parabienes, don José...
Y se aleja cada uno
con un aire de marqués.

Ved, mientras tanto, la fiesta,
que es cosa digna de ver.

De oficiales granaderos
con una suelta esbeltez,
allá están los Escalada,
don Mariano y don Manuel,

entre damitas vestidas
al nuevo gusto francés.
—¿Y aquélla, tan española?
—La de Alvear seguro que es:
Carmencita Quintanilla;
la boca, como un clavel.
—¿Y el señor dueño de casa?
Allí mismo le tenéis.
Algo guarda su persona,
algo queda en todo él,
de los tiempos de la Audiencia,
de cuando era canciller.

Y ahora sí que la fiesta
se puso digna de ver.
Ya suena en el pianoforte
la gavota o el minué.
Por las salas, por los patios,
gentes de pomposo tren.
Allá Mariquita Thompson,
allá Ramona Esquivel;
allá, la risa en los labios,
tanta doncella y doncel.

Fué entrando después la noche;
luces hubo que traer.
Cornucopias de bujías
ya las vienen a encender.

Remeditos... Remeditos...
Baile la niña una vez,
mano a mano con el novio,
que todos los quieren ver.
Y allá vienen y ya bailan.
¡Qué decoro y sencillez!
El ¡qué severa elegancia!
Y ella con qué languidez
ya le abandona la mano,
ya saca muy fino el pie,
ya inclina, llena de gracia,
la cabecita cortés.
Bien le daban parabienes
viéndola danzar tan bien,
que en una corte europea
fuera graciosa entre cien.

Arturo Capdevila.

CREPUSCULO

Junto de la cuna aun no está encendida
la lámpara tibia que alegra y reposa,
y se filtra opaca, por entre cortinas,
de la tarde triste la luz azulosa.
Los niños, cansados, suspenden sus juegos;
de la calle vienen extraños ruidos;

en esos momentos, en todos los cuartos,
se van despertando los duendes dormidos.
La sombra que sube por los cortinajes
para los hermosos oyentes pueriles,
se puebla y se llena con los personajes
de los tenebrosos cuentos infantiles.
Flota en ella el pobre Rin Rin Renacuajo,
corre y huye el triste Ratoncito Pérez,
y la entenebrece la forma del trágico
Barba Azul, que mata a siete mujeres.
En unas distancias enormes e ignotas,
que por los rincones obscuros suscita,
andan por los prados el Gato con Botas,
y el Lobo que marcha con Caperucita.
Y, ágil caballero, cruzando la selva,
do vibra el ladrido fúnebre de un gozque,
a escape tendido va el Príncipe Rubio
a ver a la Hermosa Durmiente del Bosque.
Del infantil grupo se levanta leve,
argentada y pura una vocecilla
que comienza: "Entonces se fueron al baile
y dejaron sola a Cenicientilla;
se quedó la pobre triste en la cocina,
de llanto, de pena nublados los ojos,
mirando los juegos extraños que hacían
en las sombras negras los carbones rojos.
Pero vino el hada que era su madrina,
le trajo un vestido de encaje y crespones,
le hizo un coche de oro de una calabaza,

convirtió en caballos unos seis ratones,
le dió un ramo enorme de magnolias hú-
unos zapatitos de vidrio, brillantes, (medas
y de un solo golpe de la vara mágica
las cenizas grises convirtió en diamantes"...
Con atento oído las niñas escuchan;
las muñecas duermen en la blanca alfombra,
medio abandonadas, y en el aposento
la luz disminuye, se aumenta la sombra...
¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas
llenos de paisajes y de sugestiones,
que abrís a lo lejos amplias perspectivas
a las infantiles imaginaciones!
¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas
que pobláis los sueños confusos del niño,
el tiempo os sepulta por siempre en el alma
y el hombre os evoca con hondo cariño!

José Asunción Silva.

EL VENDEDOR DE NARANJAS

Muchachuelo de brazos cetrinos
Que vas con tu cesta
Rebosando naranjas pulidas
De un caliente color ambarino;

Muchachuelo que fuiste a las chacras
Y a los árboles amplios trepaste
Como yo me trepaba cuando era
Una libre chicuela salvaje;

Ven acá, muchachuelo: yo ansío
Que me vuelques tu cesta en la falda.
Pide el precio más alto que quieras.
¡Ah, qué bueno el olor a naranjas!

A mi pueblo distante y tranquilo
Naranjales tan prietos rodean,
Que en agosto semeja de oro
Y en diciembre de azahares blanquea.

Me crié respirando ese aroma
Y aun parece que corre en mi sangre;
Naranjitas pequeñas y verdes
Siendo niña enhebraba en collares.

Después, lejos llevóme la vida.
Me he tornado tristona y pausada.
¡Qué nostalgia tan honda me oprime
Cuando siento el olor a naranjas!

Si a otro pago muy lejos del tuyo,
Indiecito, algún día te llevan,
Y no eres feliz, y suspiras
Por volver a tu vieja querencia,

Y una tarde en un soplo de viento
El sabor a tus montes te asalta...
¡Ya sabrás, indiecito asombrado,
Lo que es la palabra "nostalgia"!

Juana de Ibarbourou.

LA VUELTA AL HOGAR

RECUERDOS.

Todo está como era entonces:
La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas
Y las ramas con sus nidos.

Todo está, nada ha cambiado,
El horizonte es el mismo;
Lo que dicen esas brisas
Ya otras veces me lo han dicho.

¡Ondas, aves y murmullos
Son mis viejos conocidos,
Confidentes del secreto
De mis primeros suspiros!

Bajo aquel sauce que moja
Su cabellera en el río,

Largas horas he pasado
A solas con mis delirios.

Las hojas de esas achiras
Eran el tosco abanico,
Que refrescaba mi frente
Y humedecía mis rizos.

Un viejo tronco de ceibo
Me daba sombra y abrigo,
¡Un ceibo que desgajaron
Los huracanes de estío!

Piadosa una enredadera
De perfumados racimos,
Lo adornaba con sus flores
De pétalos amarillos.

El ceibo estaba orgulloso
Con su brillante atavío,
¡Era un collar de topacios
Ceñido al cuello de un indio!

Todos aquí me confiaban
Sus penas y sus delirios;
Con sus suspiros las hojas,
Con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde
La última vez que nos vimos!

Tan sólo cantaba un ave
En el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
Sus más dulcísimos himnos,
¡Pobre zorzal que venía
A despedir a un amigo!

Era el cantor de las selvas,
La imagen de mi destino,
¡Viajero de los espacios,
Siempre amante y fugitivo!

¡Adiós!, parecían decirme
Sus melancólicos trinos;
¡Adiós, hermano en los sueños!
¡Adiós, inocente niño!

¡Yo estaba triste, muy triste!
El cielo oscuro y sombrío;
Los juncos y las achiras
Se quejaban al oírlo.

Han pasado muchos años
Desde aquel día tristísimo;
¡Muchos sauces han tronchado
Los huracanes bravíos!

Hoy vuelve el niño hecho hombre,
No ya contento y tranquilo,

Con arrugas en la frente
Y el cabello emblanquecido.

¡Aquella alma limpia y pura
Como un raudal cristalino,
Es una tumba que tiene
La lobreguez del abismo!

¡Aquel corazón tan noble,
Tan ardoroso y altivo,
Que hallaba el mundo pequeño
A sus gigantes designios;

Es hoy un hueco poblado
De sombras que no hacen ruido!
¡Sombras de sueños, dispersos
Como neblinas de estío!

¡Ah! todo está como entonces.
Los sauces, el cielo, el río,
Las olas, hojas de plata
Del árbol del infinito.

¡Sólo el niño se ha vuelto hombre,
Y el hombre tanto ha sufrido,
Que apenas trae en el alma
La soledad del vacío!

Olegario V. Andrade

RIVERITA

(*FRAGMENTO DEL CAPITULO IV*)

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, hijo mío.

Miguel se acercó para darle un beso. El brigadier le retuvo entre sus rodillas acariciándole los cabellos.

—¿Cómo lo has pasado en casa de tu tío?

—Bien.

—¿Te has divertido mucho?

—Bastante.

—¿Supongo que no habréis hecho ninguna travesura que enojase a la tía Martina?

—No, papá — respondió el chico sin vacilar. Y le contó todo lo que había hecho aquella tarde, omitiendo lo que bien le pareció.

—Bien, así me gusta. Ahora tendrás ya deseos de irte a la cama, ¿verdad?... Vaya, pues a la cama, hijo mío, a la cama... No quiero retenerte más... A la cama, a la cama...

Sin embargo, seguía reteniéndole entre las rodillas. Al fin Miguel, forzándolas un poco, logró salir de ellas, y se dirigió a la puerta. Cuando ya estaba cerca, volvió a llamarle su padre.

—Oye, Miguel... ¿No te ha hablado tu tío Bernardo?... — preguntóle con voz algo alterada.

Miguel se detuvo y no contestó.

—¿No te ha hablado de cierto asunto?

—Sí — murmuró el chico, también cortado.

—¿Y qué te ha dicho?... Cuenta...

Miguel comenzó a colocarse los dedos de la mano izquierda unos sobre otros, y no dijo palabra.

—¿No te ha dicho que ibas a tener pronto una mamá? — articuló el brigadier cada vez más turbado.

—Sí — murmuró sordamente el niño.

—¿Y qué te parece a ti de eso, Miguel?...

Silencio sepulcral por parte de éste.

—Vamos, ven aquí, tonto, ven aquí — le dijo con voz cariñosa. Y metiéndole de nuevo entre sus rodillas, comenzó a besarle con afán.

Armando Palacio Valdés.

BIOGRAFIAS

OLEGARIO V. ANDRADE

Nació en Entre Ríos en el año 1841. En la escuela de Gualeguaychú hizo sus primeros estudios, que luego siguió en el colegio nacional del Uruguay. Desde joven se destacó por sus poesías y el general Urquiza le propuso enviarle a Europa, pero no aceptó. Su estilo es grandioso; sus versos son grandielocuentes; deslumbra con sus imágenes y el alto vuelo de sus poesías. Sus principales poemas son: "El nido de cóndores", "Atlántida", "Prometeo", "A Víctor Hugo", "San Martín". Tiene obras fantásticas, como "El astro perdido", "La Creación", etc. Murió en el año 1886.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Crítico y poeta argentino, nació en Rauch (provincia de Buenos Aires) el 28 de octu-

bre de 1889. Sus estudios secundarios y universitarios los hizo en La Plata y en Buenos Aires. Colabora en diversos diarios y revistas y es profesor universitario. Ha publicado diversas obras de poesía: "Alma y momento", "El espejo de la fuente", "Las noches de oro", "Fugacidades" (premio municipal de 1926), y diversos estudios literarios.

MIGUEL CANÉ

Hijo de padres argentinos, nació en Montevideo el 27 de enero de 1851. Habiendo sus padres emigrado de Buenos Aires a causa de la persecución rosista, se considera a Cané ciudadano argentino por ley del Congreso. El padre de Miguel Cané era un escritor talentoso. El hijo heredó las aptitudes del padre, acrecentándolas. Estudió en el colegio nacional y luego pasó a la Facultad de Derecho, pero en 1872 interrumpió sus estudios para realizar un viaje a Europa. Como periodista escribió en "La Tribuna" y "El Nacional". Fué diputado al Congreso de la Nación en 1875 y director general de Correos en 1880. En calidad de ministro plenipotenciario representó a la Argentina ante diversos países y a su regreso en 1892 fué inten-

dente municipal y luego ministro de relaciones exteriores y del interior en la presidencia del Dr. Luis Sáenz Peña. Nuevamente fué representante diplomático del país en París y a la vuelta ocupó una banca por la Capital en el Senado nacional. Descolló como periodista, orador, político y especialmente hombre de letras. Escribió "Ensayos", "Charlas literarias", "Prosa ligera", "Notas e impresiones" y su famosa novela "Juvenilia", en la que relata los episodios de su vida en el colegio. Murió el 5 de septiembre de 1905.

ARTURO CAPDEVILA

Nació en Córdoba en el año 1889. Es uno de los escritores y poetas argentinos contemporáneos de mayor prestigio, por la obra fecunda que viene realizando, por la belleza e inspiración de su poesía, especialmente de sus celebrados romances, y por la erudición histórica que refleja su obra en general. Entre sus mejores producciones poéticas debemos citar: "Melpómene", "Jardines solos", "El poema de Nenúfar", "El libro de la noche", "Simbad", "Los romances argentinos", etc. En prosa: "Las vísperas de Ca-

seros", "Dharana", "La santa furia del padre Castañeda", etc.

JUANA DE IBARBOUROU

Nació en Melo, República Oriental del Uruguay, el 8 de marzo de 1895. Se trata de la más grande poetisa de su patria y una de las más famosas de todo el continente. Escribió también en prosa; en este género merecen ser citados "El cántaro fresco" y "Estampas de la Biblia". En verso: "Las lenguas de diamante", "Raíz salvaje", "La rosa de los vientos" y otras. Actuó en la docencia de su país y ha dejado escritos varios textos de lectura para las escuelas primarias. Colaboró también en el periodismo, revelando una pluma ágil y una aguda comprensión de los problemas literarios de la hora, tema en el que se especializó.

JUAN RAMON JIMENEZ

Notable poeta español contemporáneo. Nació en 1881. Sus poesías son notables por la inspiración suave y delicada; exalta en las mismas la belleza del paisaje y los diversos matices según la hora y el tiempo. En "Pla-

tero y yo" relata los recuerdos de su infancia; sus mejores obras en verso son "El silencio es oro", "Estío", "Jardines lejanos", "Primeras poesías", etc.

LEOPOLDO LUGONES

Nació en Río Seco, provincia de Córdoba, el 13 de julio de 1874. Pertenecía a la familia de un militar que tomó parte en las guerras de la independencia: Lorenzo Lugones. Desde muy joven, Leopoldo Lugones puso en evidencia su espíritu inquieto. Abandonó sus estudios y se dedicó a la bohemia literaria, escribiendo versos y recorriendo los paisajes serranos de su provincia natal. Apenas llegó a Buenos Aires comenzó a escribir en los periódicos, llamando la atención por su vigoroso talento de periodista y la inspiración de sus versos. Sus primeros artículos, de tendencia revolucionaria, provocaron violentas polémicas. Lugones no solamente llegó a ser un gran poeta y un notable prosista, sino que fué también un estudioso, un verdadero erudito dedicado con empeño y entusiasmo a la investigación en los problemas de la lengua castellana. Publicó numerosas obras de versos, prosa, historia, sociología, educación, etc. Anotaremos entre las princi-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

pales las siguientes: "Las montañas del oro", poema en prosa rítmica a la manera de Víctor Hugo en la "Leyenda de los siglos"; "Los crepúsculos del jardín", delicadas poesías; "Lunario sentimental", "El libro de los paisajes". La "Historia de Sarmiento" es una notable exposición de la vida del gran educador; "Didáctica" es una obra pedagógica; "El imperio jesuítico" una obra de historia; "La guerra gaucha", "Las fuerzas extrañas", "Piedras luminares", etc. Leopoldo Lugones murió en 1938.

BARTOLOME MITRE

Nació en Buenos Aires en el año 1821; murió en 1906. Fué uno de los más altos espíritus de América; sintió una honda pasión por el estudio; como Sarmiento, fué un gran autodidacta y logró alcanzar una cultura extraordinaria. Muy joven aún publicó sus primeras poesías, "Ecos de mi lira", a las que siguieron "Rimas". Sus publicaciones históricas le hacen acreedor al título de gran historiador argentino. La "Historia de Belgrano" y la "Historia de San Martín" son obras maestras y definitivas sobre los asuntos que tratan. Están escritas con imparcialidad y en un estilo elevado. Publicó además

"Arengas", "Páginas de historia", traducciones de la "Divina Comedia" de Dante y de las "Odas" de Horacio. Como periodista fundó el diario "La Nación".

RAFAEL OBLIGADO

Gran poeta argentino, nació en Buenos Aires el 27 de enero de 1851. Pertenecía a una familia de buena posición económica que le permitió dedicarse desde muy pequeño al cultivo de las brillantes condiciones literarias que poseía. Estudió literaturas clásicas: hebrea, griega, latina y española. Pero su obra poética arranca de la entraña misma de la tradición. Los paisajes, los tipos, las escenas que pinta con maestría reflejan el alma popular. Se le ha considerado el "poeta nacional por excelencia". En 1885 se publicó en París la primera edición de su obra poética. Tanto Menéndez y Pelayo como Valera la elogiaron calurosamente. Es autor del famoso poema "Santos Vega". Murió en Mendoza en 1920.

ARMANDO PALACIO VALDÉS

Célebre novelista y crítico español. Nació en Asturias en octubre de 1843. Estudió la

carrera de Derecho en Madrid; con varios jóvenes fundó un periódico satírico titulado "El Rabagas". Actuó en varios diarios y dirigió la "Revista Europea". Publicó entonces "Los novelistas españoles", "Los oradores del Ateneo", "Nuevo viaje al Parnaso", libros de crítica literaria. Su primera novela, "El señorito Octavio", tuvo un gran éxito. Publicó después "El idilio de un enfermo", "Riverita","Maximina", "La hermana San Sulpicio" (una de las más conocidas), "El maestrante", "Los majos de Cádiz", etc. "La novela de un novelista" es una hermosa obra llena de enseñanzas para los niños, pues en ella el autor habla de su infancia y adolescencia en forma amena, interesante y entretenida. Palacio Valdés es considerado uno de los más grandes novelistas españoles. Murió en Madrid en 1938.

DOMINGO F. SARMIENTO

El genial Sarmiento es considerado como uno de los escritores y pensadores más grandes de América. Nació en San Juan el 15 de febrero de 1811. Murió en Asunción del Paraguay el 11 de setiembre de 1888. Fué un gran autodidacta, pues se educó e instruyó a sí mismo. Era infatigable y tenaz en el es-

tudio; su cultura intelectual llegó a cumbres extraordinarias. Fué tan insigne ciudadano y patriota, que alcanzó el alto honor de ser presidente de la Nación Argentina. En 1839 fundó en San Juan el periódico "El Zonda". Tuvo después que pasar a Chile, perseguido por el gobierno de Rosas. Allí escribió formidables artículos para los diarios. "El Nacional", "El Mercurio", "El Heraldo Argentino" y otros. Publicó en 1845 su obra estupenda "Facundo, o civilización y barbarie". Trata especialmente del caudillo Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos, al que consideraba como un producto del ambiente social de esa época. Su estilo es magnífico, y se revela como sociólogo, historiador y político. Aprovechando lo que había aprendido en sus viajes por Europa y Estados Unidos, publico el libro "La educación popular". Su obra "Recuerdos de provincia" es emotiva y conmovedora porque habla de los primeros años de su vida, despertando delicados sentimientos. También son notables sus obras "Conflictos y armonías de las razas en América" y "Argirópolis", donde habla de la ciudad del Plata. Fué además un orador vigoroso, siendo inolvidables sus discursos parlamentarios. Como patriota sólo le preocupó un ideal: elevar la cultura del pueblo argentino.

JOSE ASUNCION SILVA

Colombiano. Nació en 1865 en Bogotá. Murió en 1896. Notable poeta. Su obra es de un lirismo seductor. Murió joven en circunstancias trágicas, pues la muerte de su hermana y la miseria económica le llevaron al suicidio.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE

LENGUAJE

Pág.

VOCABULARIO Y ELOCUCION

Parónimos 7
Antónimos 9
Barbarismos 10
COMPOSICION 12
Redacción de cartas, billetes y telegramas 16

RUDIMENTOS DE PROSODIA

El acento 23
Diptongos 25
El acento y los diptongos 25
Errores de acentuación 27
Errores de pronunciación 27
ORTOGRAFIA 35
Familias de palabras 36

LA PUNTUACION

El punto final 41
La coma 42
Los dos puntos 44
Los puntos suspensivos 45
La diéresis o crema 45
El guión o raya 46

Pág.

RUDIMENTOS DE GRAMATICA

El nombre sustantivo 48
El adjetivo 49
El artículo 55
El pronombre 56
El verbo 58
Verbos auxiliares 60
Verbos transitivos e intransitivos ... 63
El adverbio 64
Sujeto y predicado 65

LITERATURA

La vara de Falaris, de Armando Palacio Valdés 69
Las cuentas del Gran Capitán, de B. Mitre 76
Oración a la Bandera, de Joaquín V. González 78
Discurso de la Bandera, de D. F. Sarmiento 79
Juvenilia, de Miguel Cané 80
Falucho y el Sorteo de Matucana, de B. Mitre 92
Polifemo, de Armando Palacio Valdés 105
Platero y yo, de Juan Ramón Jiménez 115
El rastreador y el baqueano, de D. F. Sarmiento 119

Pág.

POESIAS

El Hornero, de Leopoldo Lugones .. 127
El negro Falucho, de Rafael Obligado 130
El sueño, de Rafael Alberto Arrieta . 134
Romance de las bodas de Remeditos, de Arturo Capdevila 134
Crepúsculo, de José Asunción Silva 137
El vendedor de naranjas, de Juana de Ibarbourou 139
La vuelta al hogar, de O. V. Andrade 141

Riverita (fragmento), de A. Palacio Valdés 145

BIOGRAFIAS

Olegario V. Andrade 147
Rafael Alberto Arrieta 147
Miguel Cané 148
Arturo Capdevila 149
Juana de Ibarbourou 150
Juan Ramón Jiménez 150
Leopoldo Lugones 151
Bartolomé Mitre 152
Rafael Obligado 153
Armando Palacio Valdés 153
Domingo F. Sarmiento 154
José Asunción Silva 156

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA EDITORIAL TOR EL DIA 15 DEL MES DE MARZO DEL AÑO MIL NOVECIENTOS CUARENTA

BIBLIOTECA

LAS OBRAS FAMOSAS

BEN HUR, de Wallace.
La famosa novela popularizada mundialmente por el cine.

FABIOLA, del Cardenal Wiseman.
Del tiempo de la Iglesia primitiva y de sus mártires.

LAS MIL Y UNA NOCHES.
Los cuentos más hermosos que creó la fantasía oriental.

ROBINSON CRUSOE, de De Foe.
Las extraordinarias aventuras de un náufrago solitario.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA, de Cervantes.
La obra cumbre de la literatura castellana y mundial.

LA HERMANA SAN SULPICIO, de Palacio Valdés.
Una conmovedora novela de un notable escritor español.

EL LIBRO DE LAS TIERRAS VIRGENES, de Kipling.
Obra llena de encantos, que nos hace amar la naturaleza.

TARZAN DE LOS MONOS, de Burroughs.
En plena selva, Tarzán vence a las fieras y es su rey.

EL CAPITAN BLOOD, de Sabatini.
Emocionantes aventuras de los piratas del Mar Caribe.

LA ISLA DEL TESORO, de Stevenson.
Una de las novelas de piratas más leídas en el mundo.

VIAJES DE GULLIVER, de Swift.
Fantásticos viajes a través de regiones nunca imaginadas.

QUO VADIS?, de Sienkiewicz.
La lucha de los gladiadores en el Circo Máximo de Roma.

Cada tomo 0.70 ✣ Encuadernado $ 1.-

En las buenas librerías o en la

Maipú 241 - Editorial TOR - Bs. Aires

Printed in Argentina